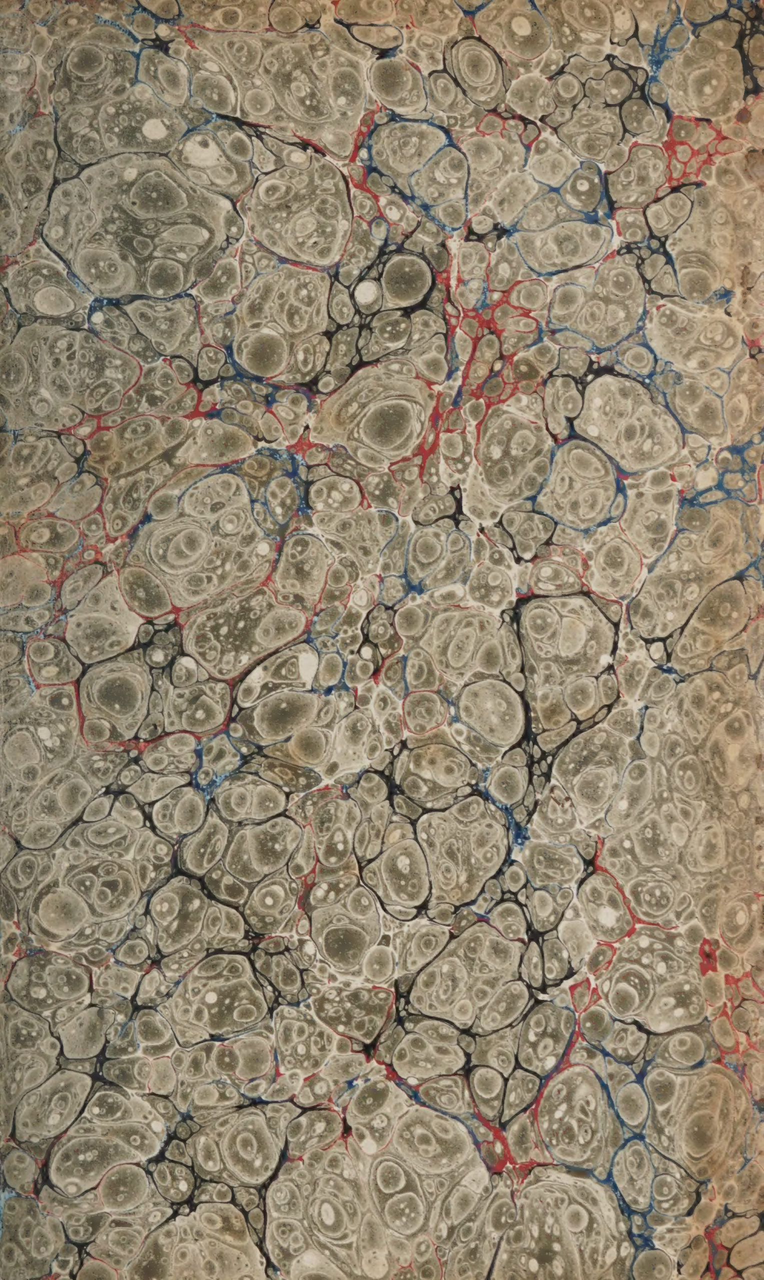
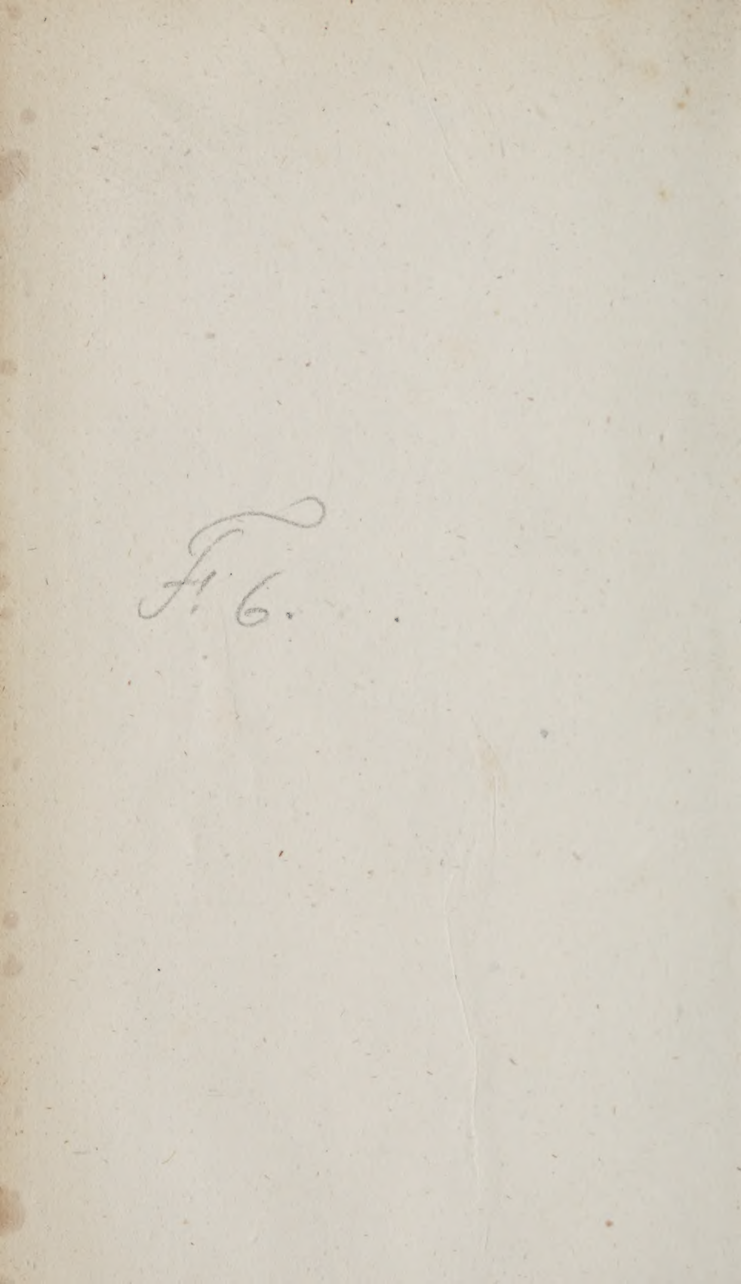






POESIAS

DE

DON ANGEL DE SAAVEDRA

Remirez de Baquedano.

SEGUNDA EDICION,
CORREGIDA Y AUMENTADA.

TOMO PRIMERO.

MADRID:

Imprenta de I. Sancha.

1820.

POESIAS

DE

DON ANGEL DE SAAVEDRA

Remirez de Baquedáno.

SEGUNDA EDICION.
CORREGIDA Y AUMENTADA.

TOMO PRIMERO.

MADRID:

Imprenta de I. SANCHA.

1820.

Á LA EXC.ᴹᴬ S.ᴿᴬ D.ᴬ MARÍA DOMINGA REMIREZ DE BAQUEDANO Y QUIÑONES, MARQUESA DE ANDIA Y DE VILLASINDA, DUQUESA VIUDA DE RIVAS, &c. &c. &c.

En testimonio de amor, de respeto y gratitud.

Su humilde hijo

Angel de Saavedra Remirez
de Baquedano.

ROMANCES.

I.

A Olimpia.

Oye afable, hermosa Olimpia,
De mi lira los acentos,
Y á tu ternura recuerden
Que tu amor vive en mi pecho.
  Éstas son ¡ay! las canciones,
Los afortunados versos,
Que el Tajo y el Manzanares
En sus jardines oyeron:
  Cuando junto á ti, dichoso
En llama feliz ardiendo,
Solo anhelando agradarte,
Mi labio los daba al viento.

Si algo valen, dulce Olimpia,
Es porque resuena en ellos
Tu nombre, y porque lograron
Serte gratos aquel tiempo.
Benigna acógelos: Oye
Cual te estan siempre diciendo
Que tú sola eres mi encanto,
Que en mí tu amor será eterno.
Y si el destino sañudo
De ti me aparta violento,
Robándome tus caricias,
Dejándome llanto y duelo;
Ora los clímas helados
Alumbren tus ojos bellos,
Ora á la zona abrasada
Dé vida tu blando aliento;
Recuérdente mis afanes,
Tu amor, mi delirio ciego,
Mi constancia, tu ternura,
Mi dicha, y tus juramentos.
Y aquellos veloces dias
De encanto y delicias llenos,
En que las floridas selvas
Arder nuestras almas vieron,

Y escucharon silenciosas,
Como tu labio de fuego
Me ofreció constancia eterna,
Triunfadora de los tiempos.
¡Ay! si tanto consiguieran,
¡Ilusiones de consuelo!
Que al despertar en tu mente,
De nuestro amor los recuerdos,
Se humedecieran tus ojos,
Y palpitára tu seno,
Y lanzáras un suspiro,
De mi fe constante en premio:....
Entonces ¡ ah! no trocára
Estos mis humildes versos
Por los laureles de Taso,
Ni por las glorias de Homero.

II.

Ves, Olimpia encantadora,
Cuán amorosas las yedras
Enlazan los recios troncos,
Que Tajo apacible riega?

Pues del tiempo el curso airado
No rompe union tan estrecha;
Antes con vínculos nuevos
Mas la afirma y encadena.
En mis inocentes años,
Cuando mis contentos eran
Correr tras las mariposas
Por esta risueña vega,
Deshojar las rosas lindas,
Que esmaltaban sus florestas,
Y hacer casitas y torres
Con este barro y arena;
Ya vi estos troncos vestidos
De las mismas fieles yedras,
Aunque tal vez mas lozanas,
No en union menos estrecha.
¡Cuántos mayos han pasado
Desde aquel tiempo! Contempla
Cuántos sucesos diversos,
Cuáles trastornos y guerras.
Fuentes que vi engalanadas
De claros raudales llenas,
Míralas rotas y hundidas,
Y abandonadas y secas.

Los edificios soberbios
Que honraban estas riberas,
Yacen en tristes rüinas,
Que de espanto el pecho llenan;
¡Y qué de altivos colosos
Que tocaban las estrellas,
Fugaces desparecieron
Como la delgada niebla!
¡El curso de pocos años
Cuál ha mudado esta tierra!
Jóven soy, mas yo la he visto,
De lo que hoy es bien diversa.
¿Y solo el amor subsiste
Que enlazó estas alamedas
Con los venturosos nudos,
Que tan firmes se conservan?...
Lo que eterno parecia,
Deshízose con presteza,
Y solo duran los troncos
Abrazados de las yedras.
Y si alguno se ha secado,
No le abandonaron ellas;
Y si hay alguna marchita,
Ellos firmes la sustentan:

Como diciendo á la muerte
No tememos tu crudeza,
Que mientras el uno exista,
Los lazos seguros quedan.
¡Ay! ejemplo de los nuestros,
Ó mi Olimpia, siempre sean:
Y asi unidas nuestras almas
Vivan edades eternas.

III.

A esconder su lumbre pura
En ocaso caminaba
Febo hermoso, entre celages
Matizados de oro y grana;
Cuando orillas de la mar,
Ni quieta, ni alborotada,
Aunque sus blancas espumas
Á las peñas azotaban;
Á un tronco, que en la ribera
Una borrasca lanzára,
Tirsi, ausente y afligido,
Amarró su pobre barca.

Y en tanto que con los remos
Juegan las olas amargas,
Salpicando placenteras
Del corbo lado las tablas;
De este modo, al manso viento,
Que en las rocas y en las aguas
Retozaba bullicioso,
Refrescando aquellas playas,
Cantó el triste pescador,
Sin que nadie le escuchára,
Lanzando un tierno suspiro
De lo profundo del alma.
¡Ay de mí! que vivo ausente
En esta costa lejana,
De aquellos divinos ojos,
Por quien mi pecho se abrasa.
Y que tal vez cuando vuelva,
Despues de ausencia tan larga,
Encontraré desengaños,
Si el corazon no me engaña:
Pues aunque mi amado dueño
Me juró eterna constancia,
Cuando de sus dulces brazos
Me separó la desgracia;

Y aunque escuché sus gemidos,
Y vi sus amantes ansias,
Cuando el cierzo mi barquilla
De su vista arrebataba;
Es muger, estoy yo lejos,
Amadores no le faltan,
Y cuando no ven los ojos,
Se hiela el pecho, y el amor se cansa.
Lleva mis lamentos tristes,
Y estas dudas que me asaltan,
Zéfiro blando, á aquel suelo
Donde está su hermosa causa.
Y si orillas de los mares
Ves la que me abrasa el alma,
Aun puesto en mí el pensamiento,
De mi amor aun no olvidada;
Díle que mire á las rocas,
En quienes no hacen mudanza
Ni de la mar los embates,
Ni de los vientos la saña.
Que á ser firme aprenda de ellas,
Y que aprecio jamas haga
De las ondas variables,
Ejemplo de la inconstancia.

Pues ora risueñas juegan,
Y las arenas esmaltan
Con caracoles y conchas,
Y con espumas de plata;
Y ora con estruendo horrible,
Ennegrecidas, hinchadas,
Castigan la misma arena,
Que antes humildes besaban.
Díselo asi, manso viento,
Díselo, si es que te encargas
De tristezas de un ausente:...
Mas ¡ay! no le digas nada,
Que es muger, estoy yo lejos,
Amadores no le faltan,
Y cuando no ven los ojos,
Se hiela el pecho, y el amor se cansa.

IV.

Por en medio de una vega,
Que dos risueños collados
Defienden del ronco impulso
De los cierzos y los austros,

Corre entre juncias y helechos
El Genil gracioso y manso;
Para dar al padre Bétis,
No tributo sino abrazos.
En su márgen venturosa,
Dó solo el Zéfiro blando,
Ó descansa entre las flores,
Ó mece sauces y lauros,
Tiene el mayoral Antimio
Su choza, aprisco y rebaño,
Con pastores que aventajan
Á los que á Arcádia habitaron.
Hay tambien pastoras lindas,
Y zagalas de tal garbo,
Que el sol absorto en sus gracias
Suspende al verlas el paso.
Y cuando gallardas triscan
Por las selvas y los prados,
Ora en pos de los corderos,
Ora ligeras danzando;
Á sus plantas brota el suelo
Alelíes y amarantos,
Carmines, gualdas, jacintos,
Lirios, violetas y nardos.

Con ellas vive Dorila,
Mucha gracia y pocos años,
Tormento de corazones,
Y de las almas encanto.
Pues desde que allá en un bosque,
Ó de Amatunte ó de Páfos,
El hijo de la alma Venus,
Con otros niños jugando,
Perdió por pueril descuido
Sus flechas, aljaba y arco;
Encontrándose sin armas,
Corrido y avergonzado,
Vino á Genil, y en los ojos
De Dorila el Dios tirano
Ocultóse, y ellos solos
Le sirven de fuego y dardos.
Yo los contemplé ignorante,
Fijéme en ellos incauto,
Y soy su víctima triste......
Pastores, tened cuidado.

V.

Los sombreros y cayados
De yedra y flores vestidos,
En los semblantes contento,
En los pechos regocijo,
Los zagales y zagalas
De Genil, famoso rio,
Corren con gozoso anhelo
Á la cabaña de Antimio.
De aquel mayoral dichoso,
Cuya choza es el asîlo
De la paz y las virtudes,
Que el vil mundo ha perseguido.
Llevan ledos los pastores
Ramos de acanto y olivo,
Y las pastoras guirnaldas
De rosas, de cásia y mirto.
Pues Silvia, la amable Silvia,
Mayorala del aprisco,
Y de Antimio, tierna esposa,
Celebra su natalicio.

La misma naturaleza
Al festejo aumenta brillo,
Espira el Zéfiro aromas,
Esparce el gilguero trinos.
Las flores nuevos matices
Ostentan, y el dulce rio
Salta en obsequio de Silvia,
Entre murtas y tomillos.
Vivid, esposos felices,
Vivid venturosos siglos,
Cual merecen las virtudes,
De que es vuestro pecho nido.
Venid, bellas zagalejas:
Venid, zagales pulidos:
Diga un coro: *Viva Silvia.*
Otro: *Viva con Antimio.*
Coronad con frescas flores
De su cabaña el recinto,
Formando graciosos lazos,
Colgando festones lindos.
Y al sonar de los albogues,
De la flauta y caramillo,
Unos empiecen las danzas,
Otros canten dulces himnos.

Entanto que en la corteza
De aquel tronco blanco y liso,
De Antimio y Silvia los nombres,
Con este punzon escribo.

VI.

Entre verdes olivares
Y deliciosos vergeles
Bétis grave y caudaloso
Se desliza mansamente,
Despues de besar la planta
De los muros cordobeses,
Decoro de Andalucía,
Y antiguo alcázar de reyes.
En su orilla venturosa,
Al tiempo que el sol luciente
Da lugar á las tinieblas,
Y en el mar de Atlante muere,
Celinda, ausente y llorosa,
Mira al Cielo, se enternece,
Mira á las flores, suspira,
Mira al agua, y perlas vierte:

Y al contemplar en el rio,
Sollozando muchas veces,
Abre sus divinos labios,
Y de este modo hablar suele.

Id, aguas puras,
Id á Sevilla,
Buscad en ella
Mi amor y vida.
Mirad que ausente
No hallo alegría.
Decid á Silvio
Que torne á prisa,
Decid que siempre
Me veis la misma,
Firme, constante,
Tierna, sencilla.
Decid que torne
Por su Celinda
Pronto, si hallarla
Quisiere viva.
Id, aguas puras,
Id á Sevilla:
Buscad en ella
Mi amor y vida.

Esto, Celinda graciosa,
Repetia muchas veces,
Dando luz á los peñascos,
Y á las arboledas verdes.
Y en una ocasion el rio,
Murmurando, como suele,
Con las menudas arenas,
Respondióla de esta suerte:
¿Cómo quieres que apresure,
Díme, hermosa, mi corriente;
Si me paran tus ojuelos,
Y tus gracias me detienen?

VII.

Hermosísima zagala,
Cuyos ojuelos divinos
Abrasan con dulce fuego
El alma y corazon mio:
Tus gracias son el encanto
De mi pecho enardecido,
Por ti vivo solamente,
Para ti sola respiro.

Lejos de ti no reposo,
Que es ¡ay! mi mayor martirio,
No escuchar tu blando acento,
No ver tu talle pulido.
La luz del claro planeta,
Cuyo refulgente brillo
Da matices á las flores,
Verdor al bosque sombrío,
Vida al delicioso prado,
Esplendor al cristalino
Arroyuelo, gozo al mundo,
Y á las aves regocijo;
Para mí es tiniebla oscura,
Si esos tus ojuelos lindos
No me iluminan graciosos,
Con su mirar expresivo.
Las sombras en que la noche
Envuelve al orbe marchito,
Son para mí claro dia,
Si ante tus plantas me miro.
Y si, ó zagala, no fuese
Verdadero mi cariño,
Maldiga Pan mis ovejas,
Maldiga mis corderillos,

Maldiga los verdes prados,
Maldiga los altos riscos,
Maldiga los frescos sotos,
Do pasta el ganado mio.

VIII.

¿Qué importa, adorada Olimpia,
Que la suerte nos arranque
De las riberas de Tajo,
Y nos lleve á Manzanares?
¿Qué importa mudar de sitio,
En tanto que no se aparten
Nuestros tiernos corazones,
Nuestras firmes voluntades?
No las flores matizadas,
Que en estas orillas nacen,
Dando contento á los ojos,
Dando fragancia á los aires,
No las frescas alamedas
Que se elevan arrogantes,
Pobladas sus verdes cimas
De canóras dulces aves,

No de Tajo delicioso
Los apacibles raudales,
No los pintados vergeles
Que adornan su rica márgen,
Causan el dulce contento,
Forman el gozo envidiable,
Que se anida en nuestras almas
Sencillas, tiernas y amantes.
Do quiera, adorada Olimpia,
Que el destino nos arrastre,
Allí seremos dichosos,
Mientras amor nos enlace.
Goce yo la pura lumbre
De tus ojos divinales,
Goce ver tu hermoso seno
Siempre por mí palpitante,
Oiga á tus ardientes labios
Decirme amores süaves,
Suspira zelosas quejas,
Constancia eterna jurarme;
Y mas que el hado enemigo
Furioso nos arrebate
Á las arenas de Libia,
Ó á las nieves de los Andes.

IX.

Oculto entre la espesura
De recios troncos sombríos,
Que, aunque de musgo se adornan,
De su vejez dan indicios;
Besando negras pizarras
Con manso y blando rüido;
Corre Bembézar humilde,
Sin presunciones de rio.
En su márgen escondida,
Mientras retozan lascivos
Sobre la yerba y las flores
Los cándidos corderillos;
De pechos en el cayado,
Con semblante pensativo,
Contempla aquellos lugares
El infelice Lorindo.
Un año de aquella orilla
Le tuvo ausente el destino,
Y hora vuelve donde encuentra,
En vez de amores desvíos.

Al fin, rompiendo el silencio
En que yace sumergido,
Prorumpe de esta manera
Con lágrimas y suspiros:
Riberas donde otro tiempo
Tan venturoso me he visto,
Bosques espesos y ocultos
De mis delicias testigos,
Dulces aguas, que suspensas
Vísteis los amores mios:
Aqui mis encantos fueron;
Y hora es solo mi martirio.
Ya desdeñosos me miran
Aquellos ojos divinos,
Que dan color á estas flores,
Que dan á estas peñas brillo.
Y al rigor de su desprecio
Vengo á morir ¡hado impío!
En estos mismos lugares
Donde gocé sus hechizos.
Aun en las blancas cortezas
De estos álamos altivos
El de Virta con mi nombre
Entrelazado diviso.

¿Por qué no los han borrado
Las lluvias de enero frio,
Ya que en el pecho mudable
Borró ausencia mi cariño?...
Mas ¡ay! que los respetaron,
Para que con mudo grito
Á Virta llamen ingrata,
Y desdichado á Lorindo.
Reciba grato mi lloro
Vuestro seno cristalino,
Dulce raudal apacible,
De mi amor trasunto vivo:
Aqui teneis nombradía,
Y entre juncias y carrizos
Tributo os dan mil arroyos,
Gozais el nombre de rio;
Pero en dando cortos pasos
Con el Bétis confundido,
Bembézar ya nadie os nombra,
Porque asi el hado lo quiso.
Tal sucedió á mis amores,
Aqui inocente y tranquilo
Los gozaba, imaginando
No verlos jamas marchitos:

De este suelo la desgracia
Me apartó, y al punto mismo
Pasaron cual vos, se hundieron
En torpe y oscuro olvido.

X.

¿Por qué pretendes, ingrata,
Que se esparzan por el viento
De mi labio las canciones,
Y de mi lira los ecos?
¿Cómo ha de cantar quien vive
condenado á llanto eterno?
Canten los que son dichosos,
Lloren los, que no en silencio.
¿Son por ventura los dias,
Son los felices momentos,
En que embebida escuchabas
Mis amores y mis versos?...
¿Son las horas fortunadas,
En que en dulce llama ardiendo,
Por mí lloraron tus ojos,
Por mí palpitó tu seno?

¿Son los instantes de gloria,
En que todo el universo,
Envidiando mis fortunas,
Las contemplaba con ceño?...
¿Son por dicha?... ¡ó Dios!... Perdona:
No sé si son, ó si fueron,
Tu corazon te lo diga,
Pregúntaselo á tu pecho.
Si no son... ¡horrible idea!
Antes, retumbando el trueno,
Lance sobre mí cuitado
La llama voraz del Cielo.
Si no son, mira y contempla
El mar de horrores inmenso,
En que sumerges mi vida,
De mis amores en premio.
Mira dó estan tus promesas,
Dó tus amantes extremos,
Dó tus lágrimas falaces,
Que tan felice me hicieron.
Y gózate en mis desdichas,
Si se cifra tu contento
En atormentar las almas,
Y en envenenar los pechos.

Y al escuchar en mi lira
Las canciones, que otro tiempo
Canté, de ilusiones dulces
De eterna ventura lleno;
Recuerda con risa amarga
Mi amor y delirio ciegos,
Y cuán feroz has jugado
Con mis firmes sentimientos.
¡Mas ay!... Perdona: Perdona...
No, mi bien... Perdon te ruego.
Mi labio ¡qué horror! te ultraja...
Muera yo, si puedo hacerlo.

XI.

Con once heridas mortales,
Hecha pedazos la espada,
El caballo sin aliento,
Y perdida la batalla,
Manchado de sangre y polvo,
En noche oscura y nublada,
En Antígola vencido,
Y deshecha mi esperanza,

Casi en brazos de la muerte
El laso potro aguijaba
Sobre cadáveres yertos,
Y armaduras destrozadas.
Y por una oculta senda
Que el Cielo me deparára,
Entre sustos y congojas,
Llegar logré á Villacañas.
La hermosísima Filena,
De mi desastre apiadada,
Me ofreció su hogar, su lecho
Y consuelo á mis desgracias.
Registróme las heridas,
Y con manos delicadas
Me limpió el polvo y la sangre,
Que en negro raudal manaban.
Curábame las heridas
Y mayores me las daba,
Curábame las del cuerpo,
Me las causaba en el alma.
Yo, no pudiendo sufrir
El fuego en que me abrasaba,
Díjela: Hermosa Filena,
Basta de curarme, basta.

Mas crueles son tus ojos,
Que las polonesas lanzas,
Ellas hirieron mi cuerpo,
Y ellos el alma me abrasan.
Tuve contra Marte aliento
En las sangrientas batallas,
Y contra el rapaz Cupido
El aliento hora me falta.
Deja esa cura, Filena:
Déjala, que mas me agravas,
Deja la cura del cuerpo,
Atiende á curarme el alma.

XII.

En una yegua tordilla,
Que atrás deja el pensamiento,
Entra en Córdoba gallardo
Atarfe el noble guerrero.
El que las moriscas lunas
Llevó glorioso á Toledo,
Y torna con mil cautivos,
Y cargado de trofeos.

Las azoteas y calles
Hierven de curioso pueblo,
Que en él fijando los ojos,
Viva, viva, está diciendo:
Las moras en los terrados
Tremolan cándidos lienzos,
Y agua de azahar dan al aire,
Y sus elogios al viento.
Y entre tan festiva pompa,
Siendo envidia de los viejos,
De las mugeres encanto,
De los jóvenes ejemplo;
Á las rejas de Daraja,
Daraja la de ojos negros,
Que cuando miran, abrasan,
Y abrasan con solo verlos,
Humilde llega y rendido,
El que triunfante y soberbio
Fue espanto de los cristianos,
Fue gloria de sarracenos.
Mas ¡ay! que las vé cerradas,
Bien distintas de otro tiempo,
En que damascos y alfombras
Las ornaron en su obsequio.

Y al mirar tales señales,
Turbado reconociendo
Que mientras ganó batallas,
Perdió el amor de su dueño;
Con gran ternura llorando
Quien mostró tan duro pecho,
Vuelve el rostro á sus cautivos,
De esta manera diciendo:
Id con Dios, que ya sois libres,
Desde aqui podeis volveros,
Y llevad vuestros despojos,
Y esos pendones y yelmos:
Que no es razon que conserve
De sus victorias los restos,
Quien al tiempo de ganarlas
Perdió de Daraja el pecho.

ROMANCES CORTOS.

I.

Luz de esta ribera,
Graciosa zagala,
Mas linda que el dia,
Mas bella que el alba:
Tu rostro divino,
Tu risa, tu gala,
Mil pechos cautivan,
Mil cuellos enlazan.
Si asoma en Oriente,
Las sienes orladas
De cándidas rosas,
La fresca mañana;
Copia de tu rostro
Las tintas de grana

Con que el Cielo pinta,
Con que el prado esmalta,
Si el carro de Febo
Las cimas nevadas
Dora con su lumbre,
Con sus rayos baña;
De tu faz hermosa
Las luces no iguala.
Si Flora risueña
La veste gallarda
Desprende olorosa,
Descoge lozana;
Imita tu talle,
Remeda tu gracia.
Favonio amoroso,
Que bate las álas,
Robando á las flores
Y dando á las auras
Aromas sabéos,
Tu risa retrata.
Mas ¡ah! tus ojuelos,
Tormento del alma,
¿Quién puede copiarlos,
Quién puede, zagala?

II.

Hermosa zagala,
De Vénus envidia,
Que abrasas las almas,
Los pechos cautivas,
Y allá en Manzanares,
Graciosa y esquiva,
Encantas y alumbras
Sus frescas orillas:
Escucha mi acento,
Permite á mi lira
Que cante tus gracias,
Que el alma me hechizan.
Ya Febo esplendente
Anuncia tu dia,
Y al orbe marchito
Su lumbre ilumina.
Y Flora gallarda,
Del mundo alegría,
Risueña en tu obsequio
Los prados matiza.

Y el Zéfiro blando
Las flores agita,
Y aromas esparce
Y amores respira.
¡Oh! Goza felice,
Bellísima ninfa,
Beldad y placeres,
Amor y alegrías.
Y mil y mil veces
Al mundo tu dia
Renueven los Cielos,
Con mil y mil dichas.
Entanto que insana
La suerte enemiga
Sañuda conmigo
Su furia egercita.
Conmigo infelice,
Que ausencia prolija
De ti me separa,
Mi bien, mi delicia.
De ti por quien arde
Con llamas activas
Mi pecho, que adora
Tú imágen divina.

III.

Dulces ilusiones
De amor y consuelo,
Que hicisteis las dichas
De mi incauto pecho:
¿Dónde habeis huido
Con curso ligero,
Como niebla leve
Que arrebata el Cierzo?
¿Por qué bienes tantos,
Que juzgaba eternos,
Fueron mas fugaces
Que engañoso sueño?
Mal haya quien cifra
Su dicha y su anhelo
En falsas promesas
De volubles pechos:
En blandas caricias,
Que aleves mintiendo,
Traidoras ocultan
Horrible veneno.

¿Dónde están, ingrata,
Dónde tus extremos?
¿Dónde tus ofertas?
¿Dó tus juramentos?
¡Ay de mí infelice,
Que en amor ardiendo,
Bebí de tus lábios
Engaños sin cuento!
¡Ay! tú me robaste,
Mi bien, mi sosiego,
El alma y la vida
Con halago tierno:
Tu me los robastes
Y ufana riendo,
Te gozas ahora
Con mi llanto acerbo.
Ó muger terrible,
Mas que el tígre fiero,
¿Por qué me inspiraste
Tan horrible incendio,
Si era nieve helada
Tu alevoso seno?
¿Por qué me ofrecías
Aquel mar inmenso

De goces sin tasa,
De amores eternos?....
¡Cruel!.... ¿Te complaces,
Tu gozo está puesto
En hacer dichosos
Tan solo un momento,
Porque sean mayores
Sus desdichas luego?....
Juegas con las almas,
Desgarras los pechos,
Ofreces delicias,
Das solo tormentos;
Inspiras amores
Y estás libre de ellos,
Y haces infelices....
¡Bárbaro recreo!
Sigue, ingrata y dura,
Tanto mal haciendo,
Mientras yo mezquino,
Y abrasado y ciego,
Perdido te adoro,
Y en llanto deshecho,
Muriendo á tus plantas
Tus triunfos completo.

IV.

Apacible rio,
Venturoso Tajo,
Que por la ancha vega
Te deslizas manso,
Deten tu corriente,
Retarda tu paso,
Y de estos jardines
Goza los alhagos.
Mira que en Toledo
Te están aguardando,
Armados de furia
Desnudos peñascos,
Que romper desean
Tus cristales claros:
¿Á qué te apresuras
Por ir á encontrarlos?...
Detente, detente,
¿No ves cuán lozanos
Los olmos pomposos,
Los tilos y lauros

Sus hojas te ofrecen,
Te tienden sus ramos,
De sombra te cubren,
Te brindan descanso?
Si tantas caricias
No bastan acaso
A parar tus aguas,
Venturoso Tajo,
Saca el pecho fuera,
Y el cabello cano
De musgo y corales,
Y flores ornado:
Verás la belleza
Del bien que idolatro.
Verás á mi Olimpia
Gallarda triscando
Por estos vergeles,
Florestas y prados.
Y al ver de sus ojos
Los ardientes rayos,
Que vencen la lumbre
Del rey de los astros,
Su boca risueña,
Su pecho nevado,

Su cándido cuello,
Su talle gallardo;
Detendrás gozoso
Tus raudales mansos,
Y el rico tributo
Que das á oceano:
Por verla , admirarla,
Gozar sus encantos,
Rendirle tus dones,
Llamarte su esclavo.

V.

Hermana Juanilla,
Si acaso te encuentro
Sentada á la reja,
Oyendo requiebros;
Se lo digo á madre:
Verás con qué ceño
Te llama bribona,
Mocosa , arrapiezo,
Vedará que vayas
Con blondas y fluecos

Á misa el domingo,
La tarde al paseo.
Que tengas cuidado,
Juanilla, te advierto:
Pues yo he de contarlo
Sin faltar un pelo.
Que no me parece
Justo ni bien hecho,
Cuando apenas solo
Me llevas dos dedos,
Que me dejes sola
Mientras me divierto
Con mis muñequitas,
Bagillas y pesos;
Por estarte hablando
Con esos mozuelos.
Aún no hace dos meses,
Ni tampoco medio,
Que conmigo hacías
Divertidos juegos:
El de las visitas,
El de los batéos,
El de las comadres,
Con otros diversos.

Mal haya aquel dia,
Que por pasatiempo
La ropa de madre
Probamos al cuerpo:
Porque ya te viene
Su saya, te has puesto
Tan tonta y fachenda,
Que dá rábia el verlo.

LETRILLAS.

I.

Lesbia, ingrata Lesbia,
Yo soy quien te quiere.

Entre estos peñascos
Y arboledas verdes
Admiro tus gracias,
Lloro tus desdenes:
Al son de mi llanto
Repitiendo siempre,
Lesbia, ingrata Lesbia,
Yo soy quien te quiere.

Mis tristes acentos
El aire ensordecen,

Llenan estas selvas,
Prados y vergeles;
Y el eco repite
De su oculto albergue:
Lesbia, ingrata Lesbia,
Yo soy quien te quiere.

Corre este arroyuelo,
Que á mi llanto crece,
Y regando el prado
Bulliciosamente,
Dice entre las guijas
Con quien hablar suele:
Lesbia, ingrata Lesbia,
Yo soy quien te quiere.

Los troncos, las aves,
Las flores, las fuentes,
Los ecos, las peñas,
Los zéfiros leves,
Todos me remedan,
Repitiendo siempre:
Lesbia, ingrata Lesbia,
Yo soy quien te quiere.

II.

Mal haya quien sabe
Mirando matar.

Piedad, madre mia,
Yo siento en el seno
Tan fiero veneno,
Tan crudo pesar,
Despues de aquel dia
Que Sílvio turbado
Me vió en el mercado,
Que voy á espirar.
Mal haya quien sabe
Mirando matar.

¡Ay Dios! al mirarme
Sentí luego, luego,
Vivísimo fuego
Mi pechó abrasar.
¿Quién puede explicarme
La fuerza, el encanto

Que causa mal tanto
Con solo mirar?
Mal haya quien sabe
Mirando matar.

¡Ó Sílvio malvado!..
¡Ay, yo simplecilla,
Que incauta y sencilla
Salí á pasear,
Y el pecho abrasado
Torné de la aldea!..
¡Traidor!... ¿Te recrea
Tal daño causar?
Mal haya quien sabe
Mirando matar.

III.

¿Te vas y me dejas,
Traidor, fementido?
¿No hiere tu oido
Mi amargo gemir?

Escucha mis quejas,
Detente, inhumano...
Mas ¡ay! que es en vano
Tu fuga impedir.
El alma, la vida
Me llevas contigo,
Cruel enemigo,
Perverso amador.
En penas sumida
Me dejas y ries,
Y ufano te engries
Al ver mi dolor.
Lorindo engañoso:
¿Es mármol tu pecho?
¿De bronce está hecho
Tu seno cruel?
¡Traidor! ¡alevoso!
Delicias brindabas,
Y horrendo ocultabas
Ponzoñas y hiel.
Aléjate, ingrato,
Desprecia mi acento,
Que vaga en el viento
Sin nada valer.

Tu pérfido trato
De gozo te llene,
Mi mal te enagene
Con fiero placer.

No importa, algun dia
Será mi venganza,
Que á todos alcanza
La flecha de amor.

Rendido á una impía
Veráste muriendo:
Y entonces riendo
Veré tu dolor.

CANTILENAS.

I.

Febo se retiraba,
Casi espiraba el dia,
Y la noche llegaba,
Su fresca lozanía
Marchitaba la rosa,
Mustio quedaba el prado,
Y el ave sonorosa
Dormida y silenciosa
En el olmo acopado;
Cuando mi ninfa hermosa
Salió á la fresca vega.
Y de sus ojos bellos
Á la luz radïante,
Y al esplendor brillante

De sus lindos cabellos,
De nuevo se desplega
La rosa entristecida
Cobrando olor y vida:
Torna el florido prado,
Que ya estaba enlutado,
Á matizar sus flores,
Y á esparcir mil olores:
Y las dormidas aves
Dulces trinos süaves,
Cantando dulcemente:
Y vuelve de repente
Á comenzarse el dia:
Que al ver á mi pastora
Juzgaron que venia
Nuevamente la Aurora.

II.

Mil veces venturoso
Y mil, amada Olimpia,
Quien goza tus encantos,
Y para tí respira.

Suspirar á tu lado,
Mirar tu faz divina,
Ver palpitar tu seno
Que es de Dióne envidia,
Sentir el dulce rayo
Con que tus ojos brillan,
Enardecer tu pecho,
Llenar tu fantasía,
Escuchar de tu boca
Palabras espresivas,
Merecer tus cuidados,
Disfrutar tus caricias,
Fuera ¡Ay! el bien supremo,
Y el colmo de mi dicha.

III.

Por un alegre prado
De flores esmaltado,
Y de una clara fuente
Con la dulce corriente
De aljofares regado;
Mi dueño idolatrado

Iba cogiendo flores,
Mas bella y mas lozana
Que ninfa de Diana.
Mil risueños amores
En torno la cercaban,
Y en su falda jugaban:
Y en tanto que ella hermosa
Ora un clavel cogia,
Ora una linda rosa,
Ora un tierno jacinto;
Mas flores producia
Aquel fresco recinto
Orgulloso y ufano:
Pues al punto otras tantas,
Como tronchó la mano
De mi dueño tirano,
Brotaron á sus plantas.

IV.

¿Ves, adorada Olimpia,
Cuan fugaz y ligero
Saturno inexorable
Apresura su vuelo?

Á su aspecto sañudo
Todo pasa cual sueño,
Que nada se resiste
A su furor tremendo.
Rindese el necio orgullo
De los hombres soberbios,
Rindese el poderío,
Rindese el alto imperio.
Altivos edificios,
Y pomposos trofeos,
Saber, fortuna, gloria,
Todo lo hunde violento.
Montañas en llanuras,
Ciudades en desiertos
A su impulso se tornan,
Se cambian á su esfuerzo:
Mares en ricos prados,
Prados en mar inmenso:
Todo, todo á su curso
Está, Olimpia, sujeto.
Todo lo está á su furia,
Mas no lo está mi pecho,
Ni el amor ardoroso
En que por tí me quemo.

Deslízanse las horas,
Los dias van huyendo,
Corren con paso mudo
Los deleznables tiempos,
Y yo firme te adoro,
Y en mas voraz incendio,
Cada instante abrasarse
Mi corazon advierto.
Tal vez el tuyo ingrato
Convertiráse en hielo,
Te cansará mi lloro,
Verásme con desprecio.
Odiarás mi memoria,
Serás ¡ay! de otro dueño:
Y yo triste, y constante,
Me abrasaré en tu fuego.
À climas apartados
Me arrastrará violento
El destino terrible,
Ó acaso mi despécho:
Y ausente de tus ojos,
Y de tu encanto lejos,
Te amaré desdichado,
Por tí arderá mi pecho.

La vejez enojosa
Vendrá con paso lento
Marchitando las flores
Que hora son tu recreo:
Las ilusiones dulces,
Los goces placenteros,
De su rugosa frente
Huirán, y de su ceño.
Blancos cual nieve pura
Tornará mis cabellos,
Y por tí, Olimpia mia,
Se abrasará mi pecho.
La muerte inexorable
Con su brazo de hierro
Segará mi garganta,
Me hundirá en largo sueño:
Y el alma separada
De mi infelice cuerpo,
Te adorará por siempre
Con un amor eterno.
Y en la callada noche,
Cuando reina el sosiego,
De la argentada luna
Al pálido reflejo,

Vendrá ya leve sombra,
En las alas del viento,
De Tajo venturoso
A los bosques amenos.
Y con hondo alarido,
Perturbando el silencio
De las tranquílas horas
De reposo y de miedo,
Olimpia, Olimpia amada,
Dirá, y oirálo el eco,
Entorno el aura dulce
Olimpia repitiendo.

SONETOS.

I.

Mísero leño, destrozado y roto,
Que en la arenosa playa escarmentado
Yaces, del marinero abandonado,
Despojo vil del ábrego y del noto.

¡Cuánto mejor estabas en el soto,
De aves, y ramas y verdor poblado,
Antes que envanecido y deslumbrado
Fueras del mundo al término remoto!

Perdiste la pomposa lozanía,
La dulce paz de la floresta umbrosa
Donde burlabas los sonóros vientos:

¿Qué tu orgulloso afan se prometía?
¿Tambien burlarlos en la mar furiosa?
He el fruto aqui de altivos pensamientos.

II.

Lleno el pecho de orgullo y ufanía
Mis gloriosas hazañas contemplaba,
Antiguas cicatrices ostentaba,
Y soberbios despojos oprimia.

Las lides do me hallára recorria,
Los que venció mi brazo numeraba,
Mi acero vencedor me recreaba,
Y con loca arrogancia asi decia:

¿Quién podrá, mas que yo, que he combatido
Con tan fieras naciones? Duro acero
Es ya mi corazon, nunca rendido.

Oyólo Amor, el rostro placentero
De Olimpia me mostró, quedé vencido,
Y lloro esclavo, y á sus plantas muero.

III.

Huye, ó sueño apacible y delicioso,
Del rico lecho del feroz tirano,
Que oprime al hombre con furor insano,
Y espera su venganza temeroso.

Huye del lecho vil del codioso,
Que se entrega á las ondas de Oceano
En pós del oro, y si lo vé en su mano
Lo esconde, y mas y mas anhela ansioso.

Huye tambien del bárbaro guerrero,
Que sigue el carro del horrendo Marte,
Sangre inocente derramando fiero.

Ven, y en mis miembros tu licor reparte,
Mis párpados regala placentero,
Que en mí ningun cuidado ha de inquietarte.

IV.

Ó amiga noche, ó noche deliciosa,
Dulce madre del sueño regalado:
Tu manto de diamantes tachonado
Descoge por el aura vagarosa.

Esparce tu cabello silenciosa
De beleño balsámico empapado,
Y descienda Titan al mar sagrado,
Que su fulgente luz me es enojosa.

Su lumbre anhele con cansado empeño
El que la vida de los vientos fia,
Ó el que sigue de Marte el torvo ceño:

Que á mí no puede serme grato el dia,
Pues solo las caricias de mi dueño
Gozo á favor de tu tiniebla fria.

V.

Gallardo alzaba la pomposa frente,
Yedras y antiguas parras tremolando,
El álamo de Alcides, despreciando
La parda nube, y trueno y rayo ardiente;

Cuando de la alta sierra de repente
Desprendido uracán bajó silbando,
Que el ancho tronco por el pié tronchando,
Lo arrebató en su rápida corriente.

Ejemplo sea del mortal, que vano
Se alza orgulloso hasta tocar la luna,
Y se juzga seguro en su altiveza:

Cuando esté mas soberbio y mas ufano
Vendrá un contrario soplo de fortuna,
Y á dios oro, poder, favor, grandeza.

VI.

Olimpia bella cual la fresca Aurora,
Gentil mas que la cándida azucena
Que de fragancia y granos de oro llena,
En el vergel descuella triunfadora:

Ten compasion de quien rendido adora
Tu imagen celestial, y la cadena
Que en mi cuello infeliz áspera suena,
Torna en guirnaldas que me envidie Flora.

Si, Olimpia, si: tu plácida hermosura
No puede en sí abrigar alma de acero,
Muévate mi pasion sublime y pura.

Premie tu amor mi amor firme y sincero;
¡Ay! si te muestras á mi llanto dura,
Verás, cruel, como á tus plantas muero.

VII.

El oponer mi pecho no me asusta
Del preñado metal al ronco estruendo,
Que entre dudosa lumbre y humo horrendo
El golpe lanza de la parca injusta.

No me amedrenta, no, la faz adusta
Del duro cautiverio, ni estar viendo
Las encrespadas olas combatiendo
El corvo lado de mi frágil fusta.

No temo de la nube bramadora
El rudo trueno, y rayo relumbroso,
Que vibra la alta diestra vengadora:

Solo me deja yerto y temeroso
El ver al dueño á quien mi pecho adora
Siempre enojado, siempre desdeñoso.

VIII.

Al bizarro escocés D. Juan Dowine.

Ó de Fingál heróico descendiente,
Que de las selvas de la Escócia fria
Volaste á defender la patria mia,
Con duro brazo y corazon ardiente:

Tú que del manso Bétis la corriente
Con tu sangre teñiste, el claro dia
Que Híspalis admiró la bizarría
Con que libráste á su oprimida gente:

Tu merecida gloria eterna sea:
Por donde quier que esgrimas el acero
Victoria grata tus esfuerzos vea.

Y sigue siempre el estandarte ibéro,
Pues España gozosa se recrea
En contar en sus huestes tal guerrero.

IX.

A Olimpia en sus dias.

Jamas marchite tu beldad lozana
El tiempo volador, Olimpia mia:
Tus ojos siempre al luminar del dia
Ofusquen, y tu frente á la mañana.

Brille eterna en tu faz la nieve y grana,
Y placeres revuelen aporfia;
Trisquen las gracias, y el amor sonria
En torno á tu belleza soberana.

Y el claro sol en el risueño oriente,
Mil y mil veces de esplendor vestido,
Tu fiesta anuncie grato y refulgente:

Y siempre mire en tí correspondido
Mi amor, mi tierno amor puro y ardiente,
De los tiempos triunfando y del olvido.

X.

La parda nube con fragor tremendo
Rasga violento el uracán sañudo,
Y al hórrisono son del trueno rudo
El ayre está en relámpagos ardiendo.

Tíembla el tirano al pavoroso estruendo
Que retumba en sus bóbedas, y mudo
Teme sobre su frente el rayo agudo,
Sus vicios y maldades recorriendo.

En tanto el virtüoso en su retiro,
Como no excita la celeste saña,
Ni teme el rayo, ni le asusta el trueno.

¿Qué es mas felicidad? ¿cuál es, Dalmíro?
¿El poder que del miedo se acompaña,
Ó la tranquilidad del hombre bueno?

XI.

Tierno pesar, amargo abatimiento
Pintado está en tu rostro, ó Nise hermosa,
Porque la cruda suerte rigorosa
De tí aleja tu amor. ¡Cruel tormento!

Suspiros das al compasivo viento,
Llanto á tu faz envidia de la rosa,
Late tu seno, tu alma no reposa:
¡Feliz quien mereció tal sentimiento!

No mas, ¡ah! que la pena ha de acabarte,
¿Y quién podrá vivir si te perdemos?
Que tu afliccion moderes ¡ay! te pido....

¿Mas para qué me canso en consolarte,
Si eres muger, y pronto esos estremos
Serán risa, desprecio, burla, olvido?

XII.

En este bosque por la vez primera,
Turbado dije á Virta: Yo te adoro;
Y ella bajó la frente, que orna el oro,
Y gozoso rubor su faz tiñera.

Sentada en ese tronco placentera,
Siempre, me dijo, te amaré, Lidóro:
De aquella fuente al lado, en dulce lloro
De mí zelosa acaso prorumpiera.

De aquel fresno á la sombra deliciosa
En coloquios de amor la siesta ardiente
Pasé con ella ufano y satisfecho.

Mas ¡qué recuerdos!... ¡ay! ¡Virta engañosa!
Existen bosque y tronco y fresno y fuente;
Y no mi amor en tu mudable pecho.

XIII.

Ojos divinos, luz del alma mia,
Por la primera vez os ví enojados;
¡Y antes viera los Cielos desplomados,
Ó abierta ante mis pies la tierra fria!

Tened ¡ay! compasion de la agonía
En que están mis sentidos sepultados,
Al veros centellantes é indignados
Mirarme, ardiendo con fiereza impía.

¡Ay! perdonad si os agravié, perderos
Temí tal vez, y con mi ruego y llanto
Mas que obligaros conseguí ofenderos:

Tened, tened piedad de mi quebranto,
Que si tornais á fulminarme fieros
Me hundireis en los reinos del espanto.

XIV.

Viene en pós del hivierno perezoso
La hermosa primavera y bella Flora,
Que el prado esmalta, y el vergél colora,
Bañando el aura en bálsamo oloroso.

En pós de oscura noche, el luminoso
Resplandor viene de la blanca Aurora,
Que la alta cumbre de los montes dora,
Rasgando el negro manto tenebroso.

Despues de la borrasca embravecida
Sosiega el mar la plácida bonanza,
Y al nauta torna la quietud perdida.

Todo infeliz algun consuelo alcanza:
Solo yo ¡ay triste! acabaré mi vida,
Sin gozar tan dulcísima esperanza.

XV.

Por mas que el Noto silvador pelea
Con el añoso roble, que eminente
Alza en la selva la pomposa frente,
Vana es la fuerza que en troncharlo emplea.

Por mas que el mar hórrisono blanquéa
Contrastando la roca permanente,
Su inmoble resistir firme y valiente
Muestra cuan vano el combatirla sea.

Asi al suspiro de mi ardiente boca
Miro á mi Aspásia en roble convertida,
Y á mí llorar en inmutable roca.

Y antes acabará mi triste vida
La desesperacion que en mí provoca,
Que logre verla á mi pasion rendida.

XVI.

¡Ay, que de vuestro labio purpurino
Aterrado escuche, temblante y mudo,
Que iba á romperse para siempre el nudo,
Con que mis dichas enlazó el destino!

Antes hendiendo el aire cristalino
Descienda tronador el rayo agudo,
Sobre mi frente mísera, y sañudo
Me confunda en humoso remolino.

¿Y qué, Olimpia cruel, has olvidado
Mi amor, tus juramentos?... ¡fiera suerte!
¿Y tú los romperás con brazo airado?..

¿Por qué antes de mirarte y de quererte
Al hondo sueño del sepulcro helado
No me arrastró la compasiva muerte?

XVII.

Líbrase al soplo del airado viento,
Con vuelo raudo, con mortal latido,
Huyendo arrebatada hácia su nido
La tímida paloma sin aliento.

Huye porque del alto firmamento
De entre cárdenas nubes desprendido,
Sobre las pardas alas sostenido
Baja en su busca el alcotán sangriento.

Pero cuando la sigue cariñoso
Tierno palomo con arrullo blando,
Amorosa le aguarda y palpitante.

Toma de ella leccion, ó dueño hermoso,
Del que fuere enemigo huye volando;
Mas no de mí, que soy tu fino amante.

XVIII.

Lauro y triunfos consiga el ambicioso,
Que de viudez y de orfandad seguido,
Dejando el orbe en llanto sumergido,
Sirve á Marte sañudo y horroroso.

Á costa de su sueño y su reposo
Gócese el vil tirano en el gemido
Del miserable, que á sus pies rendido
Le acáta, y le maldice rencoroso.

Logre un mar de riqueza inagotable,
Pues que riqueza inútil solo adora,
El aváro mezquino y detestable:

Y déjenme gozar de mi señora
Los dulces ojos, la sonrisa amable,
Y el brillo de su faz encantadora.

XIX.

Despedida de la cabaña de Antimio.

Quédate á Dios, mansion afortunada,
Do reina la inocencia y la alegría:
De tí me aparta ¡ay Dios! la estrella impía,
Humilde choza de virtud colmada.

Á Dios quedad pastores: si la airada
Suerte al nacer del venidero dia
De vos me aleja, os dejo el alma mia,
Que vuestro amable seno es su morada.

Cuando allá entre soberbios artesones,
De cedro á trechos, y de esmaltes y oro,
Morada de los vicios y traiciones

Viva entre sustos y congoja y lloro;
Diré para templar mis aflicciones:
Salud cabaña, cuyo nombre adoro.

ODAS.

I.

Al armamento de las provincias españolas contra los franceses,

¿A dó se encumbra con altivo vuelo
El ronco son de mi inocente lira,
El blando mirto de que está adornada
Tornándose en laurel?... ¿Á donde osada
Lleva su acento?... Elévase hasta el cielo,
Y al impulso del númen que la inspira,
Ya ni penas suspira,
Ni amorosos sonidos
Entona, ni ternezas, ni placeres,
Ni arrullos de Citeres;
Sino muertes, y horrores, y alaridos,

Dando tal fuerza á su encumbrado aliento,
Que cual bélica trompa atruena el viento.

¿Pero qué agitacion mi pecho siente?
¿Qué turbacion embarga el alma mia?...
Ya por el ancho espacio me sublímo,
Y en los campos etéreos el pié imprimo
Jamas hollados por humana gente.
Llego á la esfera donde nace el dia:
Allí mi fantasía
Cercana mira al cielo;
Y cual neblí, que hasta la parda nube
Veloz y altivo sube
Con presuroso arrebatado vuelo,
Asi atrevida mi soberbia planta
Á los rojos celages se adelanta.

Y entre las rotas nubes estoy viendo
El suelo hispano y su gallarda gente
En fiera llama arder, y miro á Marte
Enarbolar feroz el estandarte,
Y escucho de su carro el sordo estruendo,
Y en la rueda gemir el eje ardiente.
La cuadríga ferviente

Se agíta, y corre, y suda. Ya las fieras
Escuadras alzan bélico alarido,
Al hórrido sonido
Desplégánse pendones y banderas,
Y ensordecen del aire las regiones
El tambor y clarin con roncos sones.

¿Cómo trocarse de repente pudo
El inerte sufrir en que yacias,
Ó dulce patria, el hondo abatimiento,
En tan glorioso y bélico ardimiento?
¿Cómo triunfar pudiste del sañudo
Destino, que ofuscó tus claros dias?
¡Ah! Las alevosías
De pérfidos tiranos
Despiertan y dan temple á las naciones.
Al fin los corazones
Se cansan de gemir, cobran las manos
Fuerza entre las cadenas, y el despecho
Da arrojo y furia al ofendido pecho.

Sí, Gália; sí, tu horrenda tiranía,
Tu aleve trato y pérfidas traiciones
Sacáron á la opresa y triste España

Del hondo sueño. Tiembla de su saña:
Tiembla. No importa que tu furia impía
Arda en innumerables escuadrones:
No importa que aprisiones
Con astucia inclemente
Sus principes: no importa que furiosa
En Mántua congojosa
Abras de sangre cálida un torrente,
Pues tu crueldad produce patriotismo,
Virtudes, libertad, y alto heroismo.

Venganza, dice, el animoso viento
En las cavernas cóncavas zumbando.
Venganza dicen las bramantes olas
Al azotar las playas españolas.
Venganza dice el alto firmamento
Hórrisonas tormentas agitando.
Venganza contra el bando
De los galos traidores,
Que escondiendo el puñal entre la oliva,
Con furia y saña altíva
De amigos se tornaron opresores;
Volviendo alevemente sus abrazos
En férreos grillos y en traidores lazos.

Al ronco son de guerra y de venganza
El Turia, el Bétis, Guadiana y Duero,
Y el Segura, y el Ebro levantando
Las frentes, y á sus hijos convocando
Para empuñar la vengadora lanza,
Llenan de mudo asombro el orbe entero.
Al estruendo guerrero
Del Cid los sucesores
Cubren el cuerpo de luciente malla,
Y en horrenda batalla
Renuevan el valor de sus mayores:
Y grita el pueblo Astur, y por la sierra
Retumba el eco de venganza y guerra.

Cuerpos armados y armaduras brota
El espacioso campo de Castilla:
Las tumbas de los héroes se estremecen:
En Sagunto y Numancia resplandecen
Los españoles de la edad remota,
Y lumbre celestial en ellos brilla.
Los hijos de Sevilla
Sobre la invicta espada
Del gran Fernando, horror del agareno,
De constancia y honor henchido el seno,

Juran vengar la patria profanada;
Y recuerda su arrojo y alta gloria
De Alfonso y de las Navas la memoria.

Salve, fuerte Aragon.... Ó fiel Sansueña:
Alza hasta el cielo la almenada frente;
Gloria inmortal tendrás. Tus torreones
Burlarán los feroces escuadrones,
Como el hervor del mar la inmensa peña.
Y el Ebro ufano en su veloz corriente
Gozoso arrastrará la altiva gente
Que envanecida y fiera
Intente derrocar tu poderío:
Que el denuedo y el brio
De tus heróicos hijos por do quiera
Muerte y espanto sembrará en las haces,
Y ahuyentará las águilas audaces.

Como al impulso del furioso viento
Desparece la espiga ya tostada,
Envuelta en remolino polvoroso,
Asi la hueste del francés doloso
Se abate y desparece en un momento,
Del ardor español arrebatada.

Y huye desalentada,
Y es vana la carrera
Del bélico animal, y el reverbero
Del morrion guerrero,
Y de la cota refulgente y fiera;
Que al valor de la Hesperia se ha humillado
El potro, y la coraza, y el soldado.

Hoy correis, españoles, á la gloria,
Y brillará de vuestro honor la llama
Ejemplo siendo al orbe, y mudo espanto.
De San Quintin, Pavía, y Camposanto
Se reproduce la feliz memoria,
Se reverdece la triunfante rama:
Y logrando la fama
Que alcanzan los varones,
Que de la esclavitud y abatimiento
A fuerza de ardimiento,
Y de sangre, libertan las naciones;
En eterno padrón que al tiempo asombre
Vivirá siempre vuestro heróico nombre.

II.

A la victoria de Baylén.

Horrendas huestes la fragosa cumbre
Oprimen de los montes Maríanos,
Y bajan hácia el Bétis orgullosas.
Del carro apolinar la viva lumbre
Envuelta en negro polvo se oscurece,
La tierra se estremece,
Y retumban las cumbres, y los llanos,
Y las selvas umbrosas
Al clamor de la trompa resonante,
Al ronco estruendo de las armas fieras,
Al bélico alarido,
Y al crujir los arneses de diamante.
Poblado de pendones y banderas
Arde el aire en relinchos encendido,
Y deslumbran y pasman á lo léjos
De los bruñidos cascos los reflejos.

¿Quiénes son los belígeros varones?
¿Quiénes son, y do van? ¿cuál es su intento?
¿Qué buscan estas bárbaras legiones?
¿Son acaso los hijos de la tierra,
Que otra vez mueven guerra
Al Cielo con sacrílego ardimiento?
Ya se acercan, ya llegan presurosas,
Y dejan de la sierra la ágria frente
Inundando las vegas silenciosas
Cual rápido torrente.
Ya se ven sus enseñas sanguinosas,
Y sobre ellas el águila altanera
Tiende las alas con audacia fiera.

¡Ay, que son los feroces asesinos,
Que el Carpetano suelo
Sembraron inhumanos
De llanto y luto, de orfandad y duelo!
Vedlos, vedlos ufanos
De su negra traicion alarde haciendo,
Tintas de sangre cálida las manos,
Venir estas campiñas destruyendo.
Y su Adalid, que osado
Busca nuevas naciones,

Que envolver en pesados eslabones,
De matanzas y horrores no saciado;
Del Bétis huella el llano delicioso,
A su corriente audaz se precipita,
Y las huestes indómitas agita.
Y estendiendo los ojos codiciosos
„Do está, exclama, de Esperia el poderío?
Presa hoy toda será del brazo mio."

¿Pero qué sordo estruendo se levanta
En la imperial Sevilla y su contorno?...
Huye infeliz con voladora planta:
Escucha el raudo viento
De belísono son henchido en torno.
¡Ay, que tu aleve intento y furia loca,
Y tu altivez provoca
Al supremo Hacedor, al Dios, que dueño
De los orbes de luz, si vuelve airada
La escelsa frente tórnanse á la nada!

Ya levanta la diestra omnipotente,
Y aprieta el rayo ardiente,
Y agita las sonoras tempestades,
Y el silboso uracán. De su venganza

Con la temible lanza
Arma contra tu orgullo de la España
Al Angel tutelar, que la blandea
Con inmortal poder, con justa saña,
Y con celeste ardor: y recorriendo
Montes y valles, bosques y llanuras,
Vá á sus hijos llamando á la peléa.
Y se tornan las rejas en espadas,
Y lanzas brota el suelo, resonando
Su voz por la espaciosa Andalucía,
Hierve en valientes haces denodadas,
Contra tí y tus guerreros conjuradas.

El noble monstruo, que abortó el tridente
Relinchando ardoroso
El grave peso siente
Del gallardo español, que esgrime osado
El acero lustroso,
De virtud, de valor, de enojo armado.
Ya llegan en tu busca, Dupont fiero,
Las fuerzas españolas
Al campo de Baylén, y en los pendones,
Que abatieron del bárbaro Agareno
Las blancas lunas y encrespadas colas,

Tremolan los castillos y leones.

Guerra en el monte, en la llanura hay guerra,
Y guerra por do quier : desde la frente
De la enriscada sierra,
Hasta el mar de occidente,
Que azota el alto muro Gaditano,
La líbida Belona
Con sangriento clarin guerra pregona.
¿Y aún osas resistir?... En vano, en vano
Ordenas tus horrendos escuadrones,
Y anímas la cuadriga resonante
De tu carro fatal. Si las regiones
Que el Mosa, el Rhin, el Vístula y Danubio
Riegan, de tu señor besan la planta,
Y gimen con oprobio en servidumbre;
De Hesperia á los valientes campeones
Tu poder colosal no les espanta.
Y con radiante lumbre
La antorcha del valor arde en sus pechos,
Y dejarán deshechos
Los eslabones de la vil cadena,
Que el tirano que al mundo dicta leyes
Desde el esclavo Sena,

Y abate tronos, y cautiva reyes,
Quiere imponer á España osadamente,
Con negra astucia y con armada gente.

¡Ay, cuanto de congoja y mudo espanto
Reina ya entre tus bárbaros guerreros,
Ó Gália injusta, al ver el poderío,
El denuedo y el brio
De los varones inclitos ibéros!
Vuela fogoso el andaluz caballo,
Y el ginete revuelve la cuchilla
Tus tímidas escuadras arrollando.
El vaciado metal aborta el rayo,
Y muertes lanza, y tu soberbia humilla
La atmósfera purísima atronando.
Los espumosos hórridos torrentes,
Que de las altas cumbres se derrumban
Arrastran las corazas refulgentes,
Y tronchados aceros
De tus soldados fieros.
Crece el horrible estrago,
Tristes ayes retumban,
Y de francesa sangre un grande lago
Son de Baylén los campos, ya cubiertos

De rotas armas, y guerreros muertos.

Tuyo es el triunfo, España, patria mia,
Y de tus hijos el laurel sagrado.
Venció tu valentía,
Y tu justo furor: y ya no es dado
Al frances resistir, que sin aliento
Con débil llanto sus mejillas moja,
La espada inútil humillado arroja
Y tórnase su orgullo en vil lamento.
Victoria suena el viento,
Y victoria repiten los collados,
Y victoria los bosques destrozados,
Y el raudo Bétis grita
Victoria, y en el mar se precipita.

III.

A la victoria de Arapiles.

Levanta ó Tórmes la divina frente,
Coronada de juncias y verbenas,
Y convoca tus ninfas y pastores,
Y de tu orilla la dichosa gente,
Que rotas son tus hórridas cadenas.
Y entonando dulcísimos loores
Canta á los vencedores,
Que en tu auxilio volaron
Con tal denuedo y ardoroso brio,
Que al verlos se turbaron
Las numerosas huestes del impío:
Y desaparecieron asustadas,
Como nubes del cierzo arrebatadas.

Mira, ó Tórmes, triunfante en tu ribera
Al hijo de Belóna, al anglo fiero,
Libertador glorioso de Castilla,

Al que Bengala victorioso viera,
Á quien el Ganges la cerviz humilla,
Al que es pavor de Gália en Tajo y Duero.
Mírale precedido
De la victoria por do quier. Su lanza
Hoy sirve de instrumento á la venganza
Del cielo tronador, y protegido
Del furibundo Marte
Libertará la España,
Llevará su estandarte
Á la vana Lutecia,
Y del francés humillará la saña,
Ofuscando las glorias de la Grecia.

El soberbio tirano de la tierra
Vé que el Breton restaura los castillos
Presas de su furor: intenta osado
Al mismo firmamento mover guerra:
Junta sus haces, habla á sus caudillos,
Y en sus huestes sin número fiado;
"Corred, volad, les dice encarnizado,
Oprimid nuevamente
El Agueda y el Duero, y Guadiana.
Mi fuerza omnipotente

Vuelva á triunfar, y la nacion hispana
Tiemble de mi rencor: los insulares
De estas tierras lanzad, sulquen los mares
En sus naves, huyendo
Mi fiero enojo y mi poder tremendo."

Dijo: y cual suele á la ardorosa lumbre
Del flamígero carro luminoso
Deshacerse la nieve amontonada
Del gran Moncayo en la elevada cumbre;
Que con sonido raudo, en espumoso
Y rugidor torrente desatada
Corre precipitada,
Arrebatando los peñascos rudos,
Y los troncos membrudos,
Y cubre con presura
El valle, el monte, el soto y la llanura;
De este modo las haces orgullosas
Heridas de su acento se agitaron,
Corrieron presurosas,
Y á obedecer á su señor volaron.

Ya inundan las Castillas,
Ó Tórmes, y en tus márgenes amenas

Estampando las huellas sanguinosas,
Y esgrimiendo las bárbaras cuchillas,
Asolar amenazan las almenas
De la española Aténas,
Y al verlas dice ufano
El feroz adalid: „Por mas que intente
De mi furor insano
Minerva defender esa muralla;
Su esfuerzo es impotente
Contra mi poderío,
Contra este acero, y contra el brazo mio."

Mas ¡ay, que su soberbia el cielo airado
Deshizo, como suele ardiente fuego
Deshacer seca arista! y el valiente
Breton de enojo armado
Salió á su encuentro luego:
Y el brazo del Señor omnipotente,
Que no tolera al vano y orgulloso,
De palma y de laurel ciñó la frente
Á Wellington glorioso.
Cayó el galo á su vista, de la suerte
Que al rudo empuje del sañudo viento
Altivo cedro, cuya escelsa cima

Tocaba en el sublíme firmamento,
Y se vé en un momento
Roto, sin hojas, mústio, destruido,
Y su orgullo deshecho y abatido.

El poder de la Galia destrozado,
Rotas sus huestes, rota su esperanza,
Y en roja sangre su adalid bañado,
Huye desalentado,
Huye de la venganza
Del anglo vencedor. La lanza fiera
Arroja el polonés, y huye anhelante,
El soberbio bridon aguija en vano,
En vano tiende el brazo y la cuchilla;
Que al vencedor se humilla,
Y ante el inglés triunfante
En la sangrienta arena
Ó le alcanza la muerte, ó la cadena.

Los bravos adalides,
Que en tantas fieras lides,
Y en Jena y Austerliz triunfantes fueron,
Con mudo espanto y con asombro huyeron.
Á Wellington miraron,

Y su denuedo y brazo no vencido;
Y al punto se turbaron,
Y su antiguo valor quedó en olvido.
Mil falanges gimieron prisioneras:
Rompiéronse del fuerte las banderas:
Y el ferviente cañon mudo y cautivo
Al vencedor altivo
Sigue, y rechina sobre el eje ardiente,
Con tardo paso, entre vencida gente.

IV.

Napoleon destronado.

¿En dónde, en dónde, ó Sena esclarecido,
El que de duelo y orfandad cubría
Tus márgenes está? ¿Dó está el aléve,
Que hízo tu escelso nombre aborrecido
En cuanto alumbra el sol, y el mar enfria?
¿El que con planta impura
El dosel profanó de Clodovéo,
Y ardiendo en el deséo
De ver gemir ante sus pies la tierra,

El orbe conmovió con cruda guerra,
Dejó desiertos tus mezquinos lares,
Y de sangre inundó regocijado
El ancho mundo, y los profundos mares?

Alzó la frente bárbara el impío,
Y de la antigua Gália en los escombros
Aseguró los pies, la torva vista
En derredor tendió; y "¿Al brazo mio
Quién habrá tan osado que resista?
Ni aún el rayo de Dios me causa asombro,"
Dijo Napoleon. Al carro horrendo
De Mavorte feroz subió arrogante,
Agitó la cuadriga resonante,
Y á su terrible estruendo
Los robustos temblaron,
Los altos y los fuertes se humillaron,
Que de terror y asombro el orbe llena;
Como raudo torrente
Que rompe hinchado el cáuce que lo enfrena.

El Nilo vió su encóno fulminoso,
Y de cálida sangre enrojecida
La frígida corriente,

Arrastró al mar undoso
Rompidos carros, miembros palpitantes,
Cascos hendidos, bárbaros turbantes.
Los Alpes vieron su enriscada frente
Vilmente hollada, y su poder deshecho;
Y las fértiles cumbres de Apenino
Se humillaron tambien, y con despecho
Vieron la muerte del poder latino.
El Danubio despues las turbias ondas
Volvió medroso á su primera fuente;
Que al monstruo vió talar ambas riberas.
Y el Vístula pasmado,
Su curso entre carámbanos cubria,
Del belísono estrépito asustado.

¡Ay, que el Genio del mal al mediodia
Revuelve su furor!... Ya sus banderas
Las cumbres del adusto Pirineo
Profanaron tambien, y el nuevo Atíla
Pisa de Iberia la mansion tranquíla.
¿Y qué, gran Dios, no miras al impío?
¿No escuchas al blasfemo
Decir: "Ni al rayo temo,
Quién podrá resistir al brazo mio,

Quién contra mí levantará la frente,
Si yo soy el Señor omnipotente?"

Mas ¡ah! que ya su iniquidad, el colmo
Llenó de tu bondad, y ya tu ira
Prepara la venganza y el castigo.
Alzad á Dios las manos, ó naciones,
Á quien de sangre y de dolor y espanto
Cubrió el bárbaro atroz. Vuestro enemigo
Tambien lo es de su nombre sacrosanto,
Y con fragor tremendo
Del uracán sobre las negras alas
El carro del Señor viene corriendo,
Y rásganse las nubes, y agitando
El mar hinchado sus bramantes ondas,
El enojo de Dios está anunciando:
Pálido el sol suspende el movimiento,
Y se estremece el alto firmamento,
Que Jehova empuña la trisulca llama,
Y por los rudos vientos se derrama
Su acento, semejante
Al trueno retumbante
Abortador de rayos,
Y al estruendo de carros y caballos,

Que corren á la lid, y dice: "Sea
Castigado el soberbio,
Y confundida su impiedad se vea."

El mandato de Dios obedeciendo,
España apresta sus valientes haces
Contra la iniquidad. Y los britános
Las regiones del mar luego cubriendo
Con el número inmenso de sus naves,
Y oprimiendo las crespas y altas olas,
Se unieron á las huestes españolas,
Que gallardas volaron al combate:
Y su denuedo abate
El gran poder del bárbaro, y huyeron,
Y con pavor cayeron,
Como á los pies del segador las mieses
En los tostados campos de Castilla,
Los que triunfos le dieron tantas veces,
Los satélites fieros que acaudilla.

Tambien el lusitano airado y fiero
Los combatió y triunfó. Luego ligero
Corre á la lid el guerreador, que habita
En la Zembla polar al sol vedada.

Corre al combate el indomable Escíta,
Que en el Riféo monte,
Señor eterno de herizada nieve,
La amarga sangre de las fieras bebe.
Y vuelan á la lid los que vencieron
En Prága y en Rosbac: que la venganza
Del Dios de Abraham los llama á la pelea,
Y arma sus diestras de invencible lanza.

Oye el tirano el gran rumor, y vuelve,
Y el rayo vengador siente en su seno
De mudo espanto lleno:
Y teme, y tiembla, y calla, y palidece,
Se yela, y se estremece,
Y mira por do quier á sus guerreros
Huir desalentados
Arrojando la malla y los aceros.
Y al ver hollada la corriente fria
Del espumoso Rheno, y á tí, ó Sena,
Libre de la cadena,
Que con tus propios hijos te imponia;
Cayó precipitado
Del trono con horrores sustentado.

Canta conmigo, ó Gália venturosa,
Dulcísimas canciones,
Himnos de gratitud al Ser eterno,
Que al yugo te arrancó. Cantad, naciones,
La gloria del Señor. Su fuerte diestra,
Que de Senacherib hundió la frente,
Y que en la mar rugiente
Sepultó á Faraón con mudo espanto;
Ha confundido al bárbaro orgulloso,
Que os llenó de dolor, de sangre y llanto,
De luto y de viudez.... ¡Ah, que no fuera
Capaz mi rudo acento
De ensordecer el animoso viento,
Y el ronco hervor del piélago espantoso!
Al atrevido azór alas pidiera,
Y con ellas volára presuroso,
Sin temer de Titán la viva lumbre,
De Pirineo á la elevada cumbre,
Y allí al son de la cítara de Apolo
Entonára canciones de alegría,
Que sonáran en uno y otro polo,
Y donde nace, y donde muere el dia.

V.

A España triunfante.

¿Quién podrá dignamente
Cantar tu heróico nombre, ó patria mia,
Y tu gloria esplendente,
Aun mas que el claro dia,
En cuanto alumbra el sol, y el mar enfria?

Tú sola egregia España,
Al opresor del mundo te opusiste,
Despreciando su saña:
Y sus láuros volviste
En vil oprobio, y su furor rompiste;

Como el áspera roca
Rompe del ronco mar onda rugiente,
Que con audacia loca,
Y rápida corriente
La embiste, y su furor es impotente.

Tembló la enhiesta cumbre
De Pirene, los valles retumbando;
Á la gran muchedumbre,
Que en tu daño volando
Fué tus tranquílos campos inundando.

Mas ¡ay! la Gália fiera
De tu valor y esfuerzo temerosa,
Cubrió la faz guerrera
Con máscara engañosa,
Brindándote amistad y paz dolosa.

Y luego alevemente
Cuando te vió adormida en sus alhagos,
De tu sangre inocente
Con bárbaros estragos
Hizo en tu triste suelo horrendos lagos.

El tardo Manzanares
Fué el primero que vió tu alevosía;
Despues que entre sus lares
Te acogió, ó Gália impía:
Y aun los brazos amigos te estendia.

Mas ¡ó furor! entonce
Víctimas mil cayendo á tu cuchilla,
Viste pechos de bronce
Dó no cúpo mancilla;
Sí gloria eterna que por siempre brilla.

Y de aquellos torrentes
De sangre heróica que cruel vertiste,
Millones de valientes
Nacer contra tí viste,
Y el justo pago á tu traicion cogiste.

El sacrosanto fuego
Del odio y la justísima venganza
Voraz contra tí luego
Cundió, sin mas tardanza
Que llama, que á la seca mies se avanza.

Y animosos volaron
Los hijos de la Hispana monarquía,
Y ansiosos se saciaron
De sangre tuya impía,
Abatiendo tu orgullo y ufanía;

Como suele violento
En el alto Moncayo peñascoso,
El resonante viento
Abatir el añoso
Pino, que al cielo alzábase orgulloso.

Y seis veces cumpliendo
Su curso la cuadriga refulgente,
Estuvo siempre viendo
En tu daño inclemente
Gozarse leda la española gente.

Baylén, y Talavera,
Tamames, Abisval, Heras, Chiclana,
Sampayo y Albüera:
¡Ay, que la voz humana,
Que intenta pronunciaros os profana!

¡Oh campos de victoria,
Dó los hespérios inclitos pendones,
Lograron alta gloria!
Eternas bendiciones
Os darán mil y mil generaciones.

Y »Aqui fué la venganza,
Al miraros dirán, aqui rindieron
Su bárbara pujanza
Los que aleves quisieron
La patria encadenar, aqui cayeron,"

¡Ó Sansueña, ó Gerona,
De la española independencia escudo!
Vuestro valor pregona,
Hollando al tiempo crudo,
Tanta rüina con silencio mudo.

Vuestra gloria esplendente
Venciendo de los siglos la espesura,
Brillará eternamente,
Cual brilla en noche oscura
Del sangriento Orion la lumbre pura.

Inmortales varones,
Que de constancia y de heroismo armados
Siguiendo los pendones
De la patria, inmolados
Fuisteis en sus altares adorados:

Salve y quietud, ó manes.
De vuestra ilustre sangre el fiel tributo,
Vuestro valor y afanes
Dieron opímo fruto:
Dígalo el Sena, y su amargura y luto.

Su poder indomable
Hundiose á vuestro esfuerzo sin segundo,
Cual peña inmensurable
Húndese al mar profundo,
Herida por el rayo furibundo.

Ó patria, escelsa España
Goza, goza feliz tantos laureles,
Que á pesar de la saña
De los hados crüeles,
Ganaron para tí tus hijos fieles.

Si; ya tu régia planta
Sobre rompidas armas estrivando,
Y la inicua garganta
De tu opresor hollando,
La admiracion del mundo estás gozando.

VI.

Al mismo asunto, premiada por la Sociedad patriótica de Sevilla.

Goza feliz, esclarecida España,
En dulce paz los inclitos laureles
Á tu constancia y tu valor debidos:
Del bélico furor la horrenda saña
Supieron derrocar tus hijos fieles,
Que de valor y de lealtad vestidos,
Volaron atrevidos
Á defender tu libertad augusta,
Y á tus plantas rindieron
Á los audaces, que agresion injusta
Á tu escelsa grandeza hacer quisieron.

¡Ay cuan en vano el opresor del mundo,
Desde la enhiesta y enriscada cumbre
De Pirene, sus ojos espantosos
Tendió á tu fértil suelo! Furibundo
De sus haces juntó la muchedumbre,

Y á sus caudillos fieros y ambiciosos,
En tu daño animosos,
Les dijo: „En sangre inundense estos llanos:
Señor de España sea:
Y atada, y con cadenas á las manos
Su gloria al carro de mi triunfo vea."

Tronó la áspera cima, y retumbaron
Las cóncavas cavernas á su acento,
Cual suena el ronco mar. Las foragidas
Huestes al campo Ibéro se arrojaron,
Del modo con que suele el raudo viento
Arrojarse á las selvas estendidas,
Y á las mieses crecidas:
Mas de pronto su saña contuvieron,
Y, „Sincéros amigos nos finjamos,
Y es mas seguro el triunfo:" se dijeron,
„El puñal entre olivas escondamos."

¡Heróicos carpetanos! ¡Gloria eterna
A vuestro egregio y esplendente brio!
Vuestro nombre al traves de las edades,
Con luz inextinguible y sempiterna
Brillará, cual la estrella del estío

En medio de la niebla. Las maldades,
Las negras falsedades
De los pérfidos galos conociendo,
Libertad y venganza
Gritasteis denodados, y el horrendo
Monstruo tembló vuestra inmortal pujanza.

Inermes, y sin trompa ni estandarte,
Sin doble cota, ni bruñido acero
Disteis el pecho á la tremenda muerte.
Pasmó vuestro denuedo al fiero Marte:
El valiente gimió, rindióse el fuerte,
Y huyó cobarde el bárbaro guerrero,
Y el caballo ligero
Con las espuelas tímido afligia.
Ni edad ni séxo ¡oh gloria!
Ocioso estuvo en tan infausto dia:
¡Dia de horror y de eternal memoria?

Vuestro valor, vuestro heroismo empero
Cedió á la muchedumbre, que orgullosa,
La máscara del todo derrivando,
Vengó su afrenta con estrago fiero.
Desarmada la diestra poderosa,

Que armada huyeran de pavor temblando,
Entre el pérfido bando
Os llevaron... ¡Ay Dios!... En sangre triste
Feroces se bañaron....
¡Ó blanca luna, con horror lo viste!
¡Ó Mayo, tus vergeles lo lloraron!

Salve, mártires santos, inmolados
Por la quietud del mundo:... ¡ó tú, Velarde,
¡Ó Daöiz!... ¿Qué pecho virtuoso
Al prorumpir en nombres tan sagrados,
En patriotismo y gratitud no arde?
Cual de leve centella presuroso
El fuego desastroso,
Agitado del ábrego sonante,
Con destructora llama
Y estallidos y horror, en corto instante
Por la tostada Céres se derrama;

Del mismo modo vuestra sangre ardiente
Se estendió por los términos de Hespéria,
Germinando heroismo y osadía.
Gritó venganza la asturiana gente:
Y resonó venganza Celtiberia:

Guerra y venganza el Turia repetia,
Y venganza decia
El viento ronco en la imperial Toledo:
Y guerra el padre Bétis
Dende Segura con marcial denuedo,
Hasta llegar al término de Tétis.

¡Baylen!... ¡Baylen! tus selvas aun blanquean
Con los despojos de la escelsa gloria
Que Bética ganó con alto nombre.
En los siglos futuros, cuando sean
Otras generaciones, tu memoria
Será padron que al crudo tiempo asombre:
Cuando tu suelo escombre
Con dura reja el labrador cansado,
Huesos enmohecidos
Y rotas armas volcará el arado,
Estallando con lúgubres sonidos.

Al punto el paso de los bueyes lentos
Detendrá el labrador, y allí juntando
Sus hijos, les dirá: „Ved, hijos mios,
Aqui tenis patentes los cimientos
De nuestra independencia." Y recordando

Tanta hazaña sin par, tan altos brios,
Y los copiosos rios
De sangre allí vertida, ilustres hechos
Contará de los béticos varones:
Y de los jovencillos en los pechos
Palpitarán los tiernos corazones.

¡Venerables escombros y rüinas
De eterna gloria! ¡Sin igual ejemplo
De heroismo y constancia! ¡Ó tú Gerona!
¡Ó Sansueña!... Cantad, Musas divinas,
Cantad del Pindo en el sagrado templo
Estos nombres de honor... Allí Belona
Sus huestes amontona
En vano; que su furia se quebranta
Cual onda hinchada contra altiva peña.
Ó fama, ó enmudece, ó solo canta
Los nombres de Gerona y de Sansueña.

Tamames, y Abisval, y Talavera,
Y Chiclana, y Valencia, y Arapiles,
Y donde fué Manresa desgraciada,
Y Lerín, y Sampayo, y Albuhera,
Campos de horror á los traidores viles,

Que osaron profanar la patria amada:
Correrá apresurada
La serie de los siglos; tronos, reyes,
Mares, planetas, se verán mudados,
Cambiando el orbe sus eternas leyes;
Mas nunca tales nombres olvidados.

Glorioso Herrasti, heróico La-Carrera,
Alvarez inmortal...... ¡Ah! Desde el cielo
Dó á par de los Pelayos y Guzmanes,
Coronados de palma duradera,
Gozais ya libres del humano velo
El galardon debido á los afanes
Con que los capitanes
Suben de gloria á la sublíme cumbre:
Permitid que mi lábio humilde os nombre;
Aunque el brillar de vuestra viva lumbre
Pasme mis ojos, y mi pecho asombre.

Inclita patria, España generosa:
Asi tus hijos el robusto pecho
Al hierro agudo por librarte dieron.
Estos el gran poder de la orgullosa
Gália dejaron á tus pies deshecho,

Y su furor y su altivez rompieron,
Y fuertes la rindieron,
Como en el alto Líbano acerada
Segur rinde del cedro la alta cima,
Que de pomposos ramos adornada
A las tronantes nubes se sublima.

Ellos, ellos, ó patria, derrocaron
Al opresor de la anchurosa tierra,
Su soberbia cual humo disipando.
Y del fiero invasor la furia hollaron,
Con sangre y hierro, y con constante guerra:
Y hazaña con hazaña entrelazando
Al augusto Fernando
Volvieron denodados á tu suelo;
Y con él juntamente en dulce dia
Tu grato afán, tu plácido consuelo,
Y la paz, y el descanso, y la alegría.

Alcese en la elevada y ágria frente
Del nimboso Pirene un monumento,
Que domine el Tirreno, y mar de Atlante,
Aun mas que los egipcios eminente,
Y el bélico furor allí sangriento

Con cadenas de bronce resonante
Atado, el rechinante,
Diente egercite en ferreos eslabones;
Y *A tí, España, la paz, á tí debemos*,
Allí escriban del mundo las naciones,
La dulce libertad en que nos vemos.

VII.

Á las artes despues de la paz.

Alzad, alzad la marchitada frente
Con radiante esplendor, hijas del cielo:
Volved, divinas artes, amorosas
A brillar como el sol en el oriente,
Y á ser encanto del hispano suelo.
Tal vez cuando tormenta resonante
Con tenebroso velo
Cubre de luto y de pavor el prado,
Mústias doblegan las purpúreas rosas
La faz encantadora y rutilante;
Mas luego que Fabonio regalado
Rompe las pardas nubes borrascosas,

Al punto cobran la beldad perdida,
Y ostentan nuevo olor, y nueva vida.

Tal vosotras, bellísimas hermanas,
Recóbraos del pavor. Si el fiero Marte
Oscureció vuestro esplendente brillo,
Ya calma su furor, y las insanas
Huestes, que en pos del bárbaro estandarte
Del que en vuestro dolor se complacia,
En una y otra parte,
Os destrozaban sin piedad, rindieron
El cuello aleve al vengador cuchillo,
Y temblando la hispana valentía
Con mudo espanto para siempre huyeron.
Y hasta el orgullo atroz de su caudillo
Tornóse en humo, viéndose arrojado
Del trono con sus plantas profanado.

Descendió de la angélica morada
Sobre cándida nube sostenida,
De pura luz y rayos divinales,
De azucenas y rosas coronada,
Y de consuelo celestial vestida
La sacrosanta Paz. Con dulce encanto

Templó de la angustiada
Hesperia la afliccion, y sonriendo,
Desplegando las álas virginales,
Afable enjuga vuestro acerbo llanto:
Grata vuestras ofrendas atendiendo.
Y os dice: »Ya cesaron tantos males.
Venid, amadas artes, venid luego:
Gozad tranquilas del feliz sosiego."

¿Y en dónde, en dónde con mayor decoro,
Con igual pompa y colosal grandeza
Podrá estenderse vuestro noble imperio,
Que en el suelo español? ¿Dónde el tesoro
De la sublimidad y la belleza
Podrá ostentar objetos mas grandiosos,
Que en el distrito hespério?.....
Los ojos desde Calpe á Pirineo
Tended: solo hallarán triunfos, victorias,
Y constancia sin par, y hechos gloriosos.
Alzad á todos inmortal trofeo:
Sostened, nobles artes, tantas glorias:
Eternizadlas pues en vividores
Bronces y tablas, jaspes y colores.

Ó divina pintura, ilusion grata,
Que la dulce espresion y alta belleza
Comunicaste á la sublíme mano
Del grande Urbino, á quien la suerte ingrata,
Ó envidiosa tal vez naturaleza,
Arrebató en su flor. Tu que venciste
La gracia y gentileza
De la lozana juventud riente;
Cuando el pincel amable y sobre humano
De Corrégio amorosa dirigiste:
Tú que á Flora risueña y esplendente
Robastes el matiz para Ticiano:
Inmortaliza con tu sacro aliento
De España las virtudes y ardimiento.

Si á trasladar al lienzo te atreviste
Del Verbo eterno la radiante gloria,
Que ilustró de Tabor la áspera frente;
Si tanto brio demostrar supiste
Copiándonos de Arbelas la victoria;
¿Qué se podrá negar á tus colores?
Traza la augusta historia
De la española independencia. Mira
Allí lidiar la carpetana gente

Sin trompa ni estandarte, y los furores
Del duro Marte despreciar con ira.
Allá esgrimir la espada refulgente
El sêxo hermoso con heróica saña,
Y en todas partes combatir España.

Mira el noble y sagrado patriotismo
Correr selvas, y montes y llanuras,
Derramando su santa viva lumbre,
Los pechos españoles de heroismo
Llenando por do quier. Estrellas puras
Son sus ojos, su acento semejante
Al que en nubes oscuras
Sonoro ostenta el retumbante trueno
Guerra y venganza grita, y la alta cumbre
Guerra, repite, y guerra el mar sonante,
Y guerra el hondo valle, y bosque ameno.
Mira luego la gala muchedumbre
Temblar, palidecer, y anonadada,
Darse á la fuga, y arrojar la espada.

¿Mas qué animado mármol se presenta
A ser admiracion y pasmo mio?...
¡El Dios de Delfos es!... ¡ah!.. ¡La victoria

De la sierpe Piton su frente ostenta!....
El pecho divinal lleno de brio,
Asoma al rostro celestial encanto,
Con alto poderío
El brazo flechador, siempre triunfante,
Muestra estendido su presente gloria,
Cubierto apenas del ligero manto:
Y la gallarda espalda, el relevante
Tórso, y desde el cabello hasta la planta
Manifiestan al dios de la belleza,
Con noble magestad y alta grandeza.

Alma y vida le das, noble escultura,
Al bronce y mármol: tu cincel divino
Vivos tiene los héroes ya pasados:
Por tí presentes son, y por tí dura
Su ademan y su encanto peregrino.
Si tal poder á tu sublime fuego
Le concede el destino,
Eterniza los inclitos varones,
Que de virtud y de constancia armados
Dieron al orbe paz y álmo sosiego,
Combatiendo los fieros escuadrones,
Que del genio del mal acaudillados,

El mundo amedrentado estremecieron,
Y en férreos eslabones le envolvieron.

Traslada al bronce vividor el brio
Del esforzado heróico La-Carrera,
Pintando el patriotismo en su semblante:
Y en terrible ademan el ceño impío
Desprecie altivo de la parca fiera.
A Menacho infeliz, en mármol páro,
Sobre el muro, que viera
Su ilustre fin la hueste enardeciendo,
Representa tambien. Y en arrogante
Caballo, que aventaje á los que el claro
Bétis produce, muéstranos venciendo,
El de Alburquerque, con laurel triunfante,
En simulacro tal, que cause afrenta
Al que del grande Aurelio Roma ostenta.

¿Y quién logra alcanzar, quién logra acaso
Mas la inmortalidad, ó arquitectura,
Que tus robustos rasgos vividores?
Tú de Saturno el presuroso paso
Consigues contener: tú la espesura
De los oscuros siglos deshaciendo

Te sostienes segura;
Y aunque del tiempo la güadaña impía
Ejercite contigo sus rencores,
Burlas altiva su furor tremendo;
Y ostentas tu grandeza y ufanía,
Con soberbios fragmentos, triunfadores
Del cetro destructor de las edades;
Que imperios torna en mudas soledades.

Cual suele el uracán estrepitoso
Borrar sañudo de la ardiente arena
La huella humilde que estampó el ganado,
Tal el tiempo fugaz y silencioso
Mil egregias naciones ha borrado
De la faz de la tierra. En hondo olvido
Su nombre ha sepultado;
Y tan solo supimos que existieron
Por tus nobles vestigios, do encadena
Su vuelo el duro tiempo, que vencido
Nos dice á su pesar, "Estos pudieron
Triunfar de mi furor." Y luego suena
De tus restos la voz, que esclaman: "Hombres,
Aqui yacen naciones de altos nombres."

Desierta Arabia, ni aun memoria existe
De su antigua grandeza y poderío,
Y tus rastros nos dicen: „De Palmira
Aqui la gloria fue." Sañudo y triste
Contempla la crueldad del hado impío
El abundoso Nilo: vé que huyeron,
Como en el seco estío
La leve exalacion, fuertes ciudades,
Y su poder, y su grandeza; y mira
Que de los mismos siglos, que supieron
Tornar su suelo en yermas soledades,
Vanamente el furor audaz conspira
De tus altas pirámides famosas
Contra las graves masas portentosas.

¡Oh! Pues la eternidad te es concedida,
Haz de España las glorias inmortales,
Sublime, escelsa, noble arquitectura.
Del regio Manzanares la florida
Margen oprima, y copien sus cristales
Alto obelisco que al Olimpo esceda.
Y allí de los leales,
Que los primeros libertad gritaron,
Respete la quietud la edad futura.

Al hondo y torpe olvido ufana veda
Que en los campos de gloria, dó triunfaron
Del águila fatal, vil y perjura
Los hijos del gran Bétis, tienda osado
Su manto de tinieblas fabricado.

Como el rigór del resonante viento
Burla con magestad la frente adusta
Del nivoso pinífero Fonfria;
Tal magnifico escelso monumento
Burle del tiempo la güadaña injusta,
Siendo eterno padron de las hazañas,
Con que Cesaraugusta
Llenó de asombro al Sena y al Garona.
Y en tí, ó lucero de la patria mia,
Que de Sagunto y de Numancia empañas
El radiante esplendor: en tí, ó Gerona,
Alce al cielo con pompa y ufanía
Pirámide eternal la altiva cumbre,
Que al mismo carro de Titán deslumbre.

Si; nobles artes, adornad el suelo
Con sangre de valientes empapado.
Digno es solo de vos. Venid gozosas,

Venid, vereis que hasta el sublime cielo
Se alza el nombre español: ¡Nombre adorado!
Inflamad los hispanos corazones,
Y vuestro ardor sagrado
Derramad por dó quier. Do quier se vean
Vuestras soberbias obras portentosas:
Premiad tan nobilísimas acciones:
Por vuestro sacro influjo eternas sean:
Gozaos entre los héroes amorosas:
Y en brazos de la paz eternamente
Brillad, cual brilla Febo en el oriente.

VIII.

Al conde de Noroña.

Ó Conde, pues tu lira
Unida al son de tu divino acento,
Calma del mar la ira,
Y el soplo agitador del raudo viento,
Y pasma del tonante
La enrojecida diestra fulminante;

¿Por qué tu voz sagrada,
Que con divino ardor y alta grandeza
Entonó entusiasmada
„*La Discordia levanta su cabeza*"
Cuando te oyó Castilla,
Y retumbó la octava maravilla;

¿Por qué el horrible estruendo
No canta de Mavorte, y su pujanza,
Y el silbido tremendo
De la robusta y tembladora lanza,
Y el son estrepitoso
De su carro sangriento y polvoroso?

Y cuál Belona fiera
Aguija la cuadriga resonante,
Y gime en la carrera,
Y suda y cruje el eje rechinante,
Hollando sus rodadas
Cuerpos sangrientos, armas destrozadas?

Suelta otra vez al viento
La viva lumbre que tu pecho encierra,
Y suba al firmamento,

Y asombre y pasme la sangrienta tierra,
Y tu acento resuene,
Y el orbe todo de tu ardor se llene.

Y entre sangre y horrores
La gloria ensalza del valiente ibero,
Y mil y mil loores
Al ronco son del atambor guerrero
Canta á la noble saña,
Que esclarece los términos de España.

Y este nombre sagrado
Llévalo por do quier, desde el oriente
En púrpura bañado,
Hasta do esconde el sol su clara frente,
Y de uno al otro polo
Resuene el nombre de la España solo.

Alto asunto á tu canto
Las glorias de Sansueña y de Gerona
Te ofrecen, con espanto
De los que baña el Sena y el Garona;
Que contra sn arrogancia
Ven renacer los héroes de Numancia.

Canta de Talavera
Y de Baylen los triunfos y victorias,
Que allí la Galia fiera
Vió marchitarse su laurel y glorias.
Y di el denuedo y brio
Del albionés, azote del impío.

¡Oh! si me fuera dado
El numen que en tu pecho se derrama,
Y el ardor desusado
Con que tu heroica cítara se inflama,
¡Cuál de la patria mia
Las hazañas y triunfos cantaria!

Mas ¡ay! que intento en vano
Cantar las iras del fogoso Marte,
Que con sangrienta mano
Vá tremolando el hórrido estandarte;
Porque mi ebúrnea lira
Encantos del amor solo suspira.

Aunque á la guerra dura
Tengo mi edad florida dedicada,
Y lleno de bravura

Tal vez empuño la tajante espada,
Y con brazo membrudo
Vibro la lanza y el doblado escudo;

Y revolviendo el freno
Del monstruo altivo, que abortó el tridente,
De sangre y polvo lleno,
Me ha visto el sol ardiente
Hollar la muerte fiera
Del aurífero Tajo en la ribera;

No es duro el pecho mio,
Ni se aplace con sangre, luto y llanto,
Ni con el son impío
De la trompa, que infunde horror y espanto;
Que solo sus delicias
Son de Vénus los gozos y caricias.

Dióme naturaleza
Sensible corazon, pecho amoroso,
Y con dulce terneza
De Citeréa el fuego delicioso
Me prohibe que cante
El ardor de Belona fulminante.

La inocente voz mia
Solo sabe cantar tiernos amores,
Y la pura alegria
De los risueños campos y las flores,
Y fiestas pastoriles,
Y los gratos cuidados juveniles.

Pero tú, egregio Conde,
Á quien Apolo la sagrada frente
Entre laurel esconde,
Canta los hechos de la hispana gente;
Triunfará del olvido
De tu pecho y tu cítara el sonido.

IX.

La borrasca, á Lauso.

¡Ay cuál el turbio mar hierve espumoso,
Y estas peñas altísimas quebranta,
Y se entumece hinchado, y se levanta
Compelido del ábrego silboso!
¡Cuál su furor espanta!

Bramando viene el uracán sañudo,
Y las cóncavas grutas espantosas
Retumban á lo léjos temerosas
Al hórrido fragor del trueno rudo,
Y gimen congojosas.

La negra nube enluta el alto cielo;
Y el súbito relámpago encendido,
Y el rayo por los aires desprendido
Llenan de asombro y de pavor el suelo,
Pasmado y confundido.

¿Y sacas, pobre Lauso, tu barquilla?...
¿No ves del mar el sordo movimiento?
¿No oyes gemir el animoso viento?
Vuelve, mísero, vuélvete á la orilla:
Muda, muda de intento.

Vuelve, infelice, vuelve á la ribera...
¿Qué intentas ¡ay! sin esperanza alguna?
? Cuándo á besar la planta de la luna
Sube con ronco hervor la espuma fiera,
Quieres tener fortuna?

Mira estas playas, mira estas arenas
Cubiertas de vestigios de altas naves,
De gruesos troncos, y de leños graves,
De quebrantados mástiles y entenas,
Y de robustos tráves.

Güarte, mi Lauso, güarte, que las olas
Destrozarán tu leño miserable.
Advierte que su furia inexorable
No respeta de regias vanderolas
El orgullo indomable.

X.

A Amira.

Hondo mar espumoso,
Que de la luna la argentada planta
Á besar presuroso
Subes, con ronco hervor que al orbe espanta,
Combatiendo tus olas
Las estendidas costas españolas:

No agites mas tu seno
Al influjo del carro de Lucina,
Cuando de plata lleno
A tus instables límites se inclina,
Ni obedezcas sañudo
El fiero enojo del invierno crudo.

De hoy mas solo obedece
A los ojos de Amira enardecidos,
A ella sola le ofrece
De tu seno los dones escogidos,
Y segun quiera Amira
Muéstrate en calma, ó muéstrate con ira.

Si la ves enojada
Al punto hinchado y proceloso y fiero
Forma espuma salada,
Brama ferviente, rómpete altanero,
Y estas peñas azota,
Y con ellas airado te alborota.

Y por darle venganza
Une tus ondas con el raudo viento,
Sobre el pólo te lanza,

Apaga el sol, combate el firmamento,
Y el orbe se estremezca,
Y que vuelve á la nada le parezca.

Mas si sus ojos bellos
Están en calma dulce y placentera,
Mira y contempla en ellos
El alma ilustre, que su ardor modera,
Y domado y sujeto
Ten á estas playas de Hércules respeto.

Y claro y cristalino
Sirve de espejo de su rostro amable,
Y su encanto divino
Siente en tu seno turbio y alterable;
Y al punto te esclarece,
Y á la luz de sus ojos resplandece.

Y con manso rüido
Sube por esta orilla afortunada,
Hasta llegar rendido
A la planta de Amira delicada,
Y presenta á sus ojos
Corales y esmeraldas por despojos.

Y esta ribera amena
Al rojo despuntar del claro dia
Deja de conchas llena,
De caracoles y de espuma fria,
Y de menuda plata,
Que mil veces la luz en sí retrata.

Sí, ronco mar undoso,
Solo en tí tenga influjo y eficacia
El semblante amoroso
De Amira encantadora, cuya gracia
Y beldad peregrina,
Estas dichosas costas ilumina.

Asi gritó Neréo,
Los marinos caballos agitando,
El piélago eritréo
En su carro de nácares sulcando,
Al verte, ó bella Amira,
Por quien tanto amador arde y suspira.

XI.

El tiempo.

¡Ay, cuán fugaz el tiempo presuroso
Las silenciosas alas estendiendo
Huye á nunca volver! El brazo duro
Sacude airado, el hierro poderoso
De su segur terrible revolviendo,
Y á su impulso tremendo
En polvo se resuelve el fuerte muro,
Tronos, imperios, y poder perecen,
Astros desaparecen,
Mares se tornan fértiles llanuras,
Altos montes en piélago profundo,
Y se transtorna cuanto encierra el mundo.

¡Cuántas generaciones,
Cual niebla leve, en nada se tornaron!
Y en yermas soledades,

Y en pantanos y selvas espantosas
Magníficas ciudades,
Ilustradas un tiempo y poderosas.

Perinclitas naciones
Del misterioso Nilo habitadoras,
¡Míseras!... ¡Cuán fugaces
Vuestra grandeza, y vuestra gloria fueron!
Como suelen los bravos aquilones
Las nubes arrastrar, asi las horas
Os llevaron en pós, y en hondo olvido
Aun vuestros nombres sin piedad hundieron.
En vano en vos nacieron
Las fuentes del saber. Cuál encendido
Relámpago veloz desaparece
Apenas en las nubes resplandece,
Tal vuestra ilustracion: asi el sañudo
Rigor del hado en sus eternas leyes
Lo decretó. ¿Qué fué de vuestros reyes
Sabios, y poderosos, y temidos
Que todo el orbe dominar quisieron?
¡Ay! de la dura parca al hierro agudo
Su vano orgullo y su altivez rindieron:
De oscuridad sus nombres se cubrieron.

¿Dó están, en donde la opulenta Tyro,
Y la ilustrada y la gloriosa Aténas,
Y la altiva Micenas,
Llanto de Troya?... ¿Dónde está de Epíro
El colosal poder?... un dia fueron,
Mas ya hasta sus rüinas perecieron.

¡Ay! que mi atormentada fantasía
Sobre las alas rápidas del viento
Vuela á aquellas regiones dó algun dia
Genio, y saber, y gloria colocaron
Su triunfador asiento,
Y al mundo refulgentes deslumbraron:
Donde la rica cuna
De dulce libertad rodó primero,
Mecida por el coro de virtudes,
Y alhagada tambien por la fortuna.
¿Mas qué encuentra? ¡ó dolor! sombras y luto,
Y al Eurotas hundido entre arenales,
Que despechado al mar lleva el tributo:
Al mar, que solitario ronco brama,
Y entre desnudas rocas se derrama,
Y de amargas espumas hoy blanquea
Desiertas playas donde fué el Piréo;

Y ni vé los laureles de Platéa,
Ni vé de Salamina el gran trofeo,
Ni escucha los acentos divinales
De entusiasmo y de ardor... Silencio y muerte,
Y esclavitud no mas halla asustada,
Que asi le plugo á la terrible suerte.

Asilo un tiempo de los lares frigios,
Despues terror del quirinal imperio,
Infelice Cartágo:
Diéronte cuna horrores y prodigios,
Pusiste al ancho mar en cautiverio,
Y de entrambas Hespérias fuiste estrago;
Y hora ni indicio vago
De tí puede encontrar el peregino,
Y el ábrego ardoroso
Arrebata en confuso remolino
Sedienta arena en tu desnudo suelo.
¿Dónde hallaré tus poderosas naves?
¿Dó tus huestes pavor del Aventino?
¿Ni aun duran los hundidos alquitraves,
Y tronchadas columnas, que las llamas
Perdonaron tal vez, y referian
Mudas su fin aciago y desastroso?

Sepultólas el suelo que oprimian.

No ostentes, Roma ufana,
Tus famosas rüinas,
Triste esqueleto de gigantes glorias.
Si cuidosa examinas
Tanta reliquia vana
De gimnasios, y termas, arcos, templos,
Verás son desengaños vividores,
Verás que son ejemplos,
Que el tiempo destructor ha perdonado
Para ser escarmiento á los mortales.
¿Mas dónde están ¡Tristísimas memorias!
Los consules, tribunos, dictadores,
Y altos emperadores,
Que cercados de triunfos y victorias
Inciensos divinales alcanzaron,
Y á sus pies la fortuna encadenaron?
Sobre sus tumbas olvidadas crece
El solitario cardo, entre las piedras
Hendidas penden las bastardas yedras,
Que con triste silbido el viento mece.
Y en las horas nocturnas
El cárabo afligido,

Que acaso anida en las volcadas urnas,
Esparce por las sombras su alarido.

Asi existen los restos suntüosos,
Que, ó Roma, guardas y aun altiva ostentas:
Asi existen columnas y colosos.
¿Pero por consolarte acaso cuentas
Con que asi durarán con gloria tuya?
¡Ay! verás pronto su total rüina,
Serán desmoronados,
Y en vil polvo tornados;
Que de Saturno la cruel güadaña,
Que todo lo confunde y estermina,
Aun con vestigios sin piedad se ensaña.

Nada se tornarán... ¿Dónde me lleva,
Á dónde mi dolor?... ¿Por qué mi mente
En amargos recuerdos hoy se ceba,
Sin advertir el mal que está presente?
¿Qué importa que pasáran
Tantos imperios, tan escelsas glorias,
Que fueron y no son?... Nosotros mismos
Yaceremos en fin: en soledades
Se tornarán tambien estas ciudades

Que hora son nuestro encanto:
Se hundirán del no ser en los abismos,
Ni quedarán memorias
De que aqui descollaron. Los vergeles,
Hora nuestra delicia,
Se tornarán malezas y pantanos,
Ó ronco mar, que roto entre bajíos,
Hierva y brame, y asombre á los navíos.
Museos que Minerva vé propicia,
Alcázares que habitan los tiranos,
Templos y torres, puentes y murallas,
Caerán, caerán entre las fieras manos
Del tiempo asolador. Cuanto hora existe
Todo perecerá, cual perecieron
Altas naciones que en el mundo fueron:
¿Pues quién la fuerza de la edad resiste?

Como el raudo torrente
Nace en la sierra y corre en la llanura,
Y por mas que se oponga á su corriente
Ora un profundo valle,
Ora de antiguo bosque la espesura,
Ora una alta colina ó fuerte muro,
Abre espumoso á su carrera calle

Hasta llegar al mar; de aquesta suerte
Corre el orbe á los brazos de la muerte.

XII.

A la Adelfa.

¿Qué flor, de cuantas pinta
La primavera hermosa,
Y en sus jardines placentera ofrece,
Competir puede con la amable tinta,
Que en tu sencillo cerco resplandece,
Adelfa esplendorosa,
Decoro y pompa del ardiente estío?
Ostente en vano la risueña rosa
Su juvenil matiz, cuando el rocío
Plácido borda su lozana frente:
El fragante clavel ostente en vano,
Orgulloso y ufano,
La viva llama que su tez colora:
Tú vences á los dos, y tu hermosura
Inspira la ternura,

Que á la rosa y clavel nególes Flora.
Ellos brillan con plácida alegría,
É inspiran sus olores
Gozo y placer, y celestial reposo;
Mas tú, divina reina de las flores,
Que adornan el verano,
Grata melancolía
Das al que te contempla cuidadoso.
Ellos con breve vuelo,
Nacen apenas cuando ven su muerte,
Y larga vida á tí te dió la suerte.
Á tí te es dado hácia el sublime cielo
Alzar tal vez la frente coronada,
Émula de los álamos pomposos,
Que la dulce corriente sosegada
Ciñen de Bétis: tus flexibles tallos
Imitan y tus hojas
Al lauro generoso:
Y tú de Febo á los ardientes rayos
No cedes, ni abrasada te acongojas,
Como le aviene al vulgo de las flores;
Antes cuando su llama
Por los tostados campos se derrama
Naces, y ostentas puros tus colores.

Si niegas á las auras manso aliento,
Ni bañas en aroma delicioso
Su espacio vagaroso,
Eres gloria perpetua y ornamento
Del suelo afortunado, que engalanas:
Y ni á las nieves canas
Del inverno rugoso y aterido,
Ni del cierzo al bramido
El verdor de tus ramas se marchita,
Ni tu tronco despojas
De lisos tallos, y de verdes hojas.

¡Ó bella flor, amable, delicada,
Que suspendes mi mente y la enagenas,
Cuando vagando incierto,
Con alma atormentada
Del grave peso de ásperas cadenas,
Te encuentro solitaria en el desierto!
¡Ó linda flor, que encantas
Mi triste fantasía,
Cuando me llevan débiles mis plantas,
Al rojo despuntar del claro dia,
En busca de consuelo, á los jardines!
¡Ay! al mirar ansioso

Las breves alas de tu cerco hermoso,
Que amor, no amor risueño y fortunado,
Sino amor desdichado
Tiñe en lánguida púrpura apacible;
¡Cuál palpita mi seno,
De amargura, y afan, y penas lleno!

XIII.

A Olimpia.

¡Ay, cuánto tiempo en inquietud sombría
Mi pecho palpitó, desde que el fuego
De tus divinos ojos y semblante
Hirió con su esplendor el alma mia!
Y yo infeliz, y deslumbrado, y ciego,
No alcanzaba á saber lo que sentia:
Y de tí lejos, tímido y errante,
Sin notarlo, en tu amor mísero ardia.
Tal vez en las entrañas de la tierra
Asi se oculta y ceba, y arde, y crece

La llama asoladora,
Que al fin hendiendo la fragosa sierra,
Ardiente y tronadora
En volcan horroroso resplandece.

Buscando la quietud, al pecho mio
Del escondido amor arrebatada,
Del Bétis olivoso
Las márgenes amenas,
De sacros bosques y vergeles llenas,
Pisé confuso, y sin hallar reposo.
Del apacible rio
Las transparentes ondas sosegadas,
Sus frescas alamedas silenciosas,
Del vagaroso céfiro agitadas
Al rojo amanecer, las lindas flores
Risueñas, olorosas,
Que en ellas blandamente se mecian,
Su fragancia ostentando y sus colores,
Nada á mi mente, nada la decian:
Á mis ojos Natura muerta estaba,
Y en lágrimas mi rostro se inundaba.

Ora hácia las arenas

De gloria y triunfos, y escarmiento llenas,
Que azota el mar undoso gaditano,
Mis plantas me arrastraban nuevamente,
Pensando hallar del alma
La paz perdida, y la tranquíla calma
Á vista del magnífico Oceano.
El giro de los mares de Occidente
En vano el pensamiento me ocupaba;
En vano procuraba
Exaltar mi agitada fantasía
El espacio sublime de las ondas;
Ya cuando hirviendo con salobre espuma,
Al cierzo bramador se entumecia,
Y alzando al cielo las arenas hondas,
Los ásperos escollos combatia:
Ya cuando adormecido
El cielo de zafir puro y sereno
Reberveraba plácido en su seno:
Mas nunca mis pesares
Conseguiste aquietar, Dios de los mares.

Tal vez rendido á mi afanar tornaba
Del regio Manzanares á la orilla,
Y necio imaginaba

Que el fausto y pompa, en que orgullosa brilla
La gran ciudad, señora
De dos mundos, calmára con su encanto
Mi mortífera pena roedora.
Mas ¡ay! en los magnificos salones
De oro y púrpura bárbara adornados,
Só las soberbias cimbrias y artesones
De refulgentes tintas esmaltados,
Y en plazas, y en licéos, y en jardines,
El frio tédio y el pesar infando
Mi corazon estaban devorando.

¿Y qué, dije: será que las estrellas
Vieron con ceño el infelice dia,
Que empecé á respirar?... ¿Será, ó destino,
Que siempre el hombre en mísera agonía
Arrastre su existir?... Si ésta es la suerte,
Que guardan los arcanos
A la raza infeliz de los humanos;
Ven sin tardanza, ven, ó dulce muerte,
Siega piadosa la garganta mia,
Descanse al menos en la tumba fria.

Cuando tornas, Olimpia, á esta ribera,

Bella como la luna refulgente,
Que en apacible y grata primavera,
Cándida ostenta la argentada frente,
Y lánguida y luciente
Desde su carro azul derrama brillo,
Al través de las nubes plateadas,
Del blando zefirillo
Con vagarosas plumas agitadas.
Te ví, y me estremecí: torné á mirarte,
Y el denso velo, que mi amor cubriera
Rasgóse de repente, y descubierto
Miré mi corazon, y en él patente
La oculta causa de mi angustia fiera.
Y rebentando el escondido fuego,
Tronó como un volcan, tu amor buscando,
Y tu amor y tu amor solo anhelando.

Yo entonces mudo, y pavoroso, y yerto
No sé lo que sentí... Vuelvo, y turbado,
De horrible duda y timidez cercado,
Pero en alas de amor, á tí me allego,
Y mi calma, y mi paz, y mi sosiego,
Y mi dicha te pido,
Abrasado en tu amor y confundido.

Y ¡Oh delicioso instante,
De ventura y placeres el primero!
Tu divino semblante
Vi de rubor purpúreo enrojecido,
Latir tu seno cándido y turgente,
Tu labio balbucir, tu altiva frente,
Émula acaso del mayor lucero,
Blandamente inclinarse, y un suspiro
De tu boca de rosa
Escuché, fui feliz, y al punto huyeron
Oculto tédio y pena silenciosa,
Y tristeza y afan. Los que ya fueron
Objetos mudos á mi triste mente,
Me hablan al corazon. Fragantes flores,
Verdes arbustos, árboles sombríos,
Claros arroyos, cristalina fuente,
Süaves amorosos ruiseñores,
Noche pura, serena, sosegada,
Ronco hervoroso mar, sonoros rios,
Aurora de azucenas coronada,
Eterno luminar padre del dia,
Amenas soledades,
Opulentas magníficas ciudades,
Ya herís mi fantasía,

Y os contemplo y admiro,
Que por dó quier amor y amores miro.

¡Oh cuántas sensaciones deliciosas
Alberga el corazon, correspondido
Del dulce bien, que le eligió natura!
¡Cuán feliz es el alma ardiente y pura,
Que es de un sincéro amor dichoso nido!
¡Cuán venturoso yo!... ¿Mas qué tremenda
Imágen espantosa
Me asalta el pensamiento?... ¡Olimpia mia,
La vida es tan fugaz, tan presurosa!
Jamas ansié la eternidad, y lento
Juzgaba el vuelo de los años mudo.
Mas ¡ah! desde que aliento
El aura del placer y la alegría
Siempre á tu dulce lado,
Desde que tú me hiciste afortunado,
¡Cuán rauda, cuán ligera
Encuentro de las horas la carrera!
Si, miro con pavor que el tiempo crudo,
Que todo lo sepulta inexorable
En el no ser oscuro y espantable,
Airado nos acecha;

Cual fiero cazador con dura flecha
A las tiernas amantes tortolillas,
Que en la florida rama
Se acarician sencillas,
Ardiendo en dulce y venturosa llama.

Las matizadas y risueñas flores,
Que en nuestro rededor brotan ahora;
Desmayadas, marchitos sus colores,
Al fin caerán. La planta voladora
De la edad hollará nuestros amores,
Y el hielo, y la aridez, y al fin la muerte...
¡Ay! llegará el momento de perderte!

XIV.

A las Siemprevivas.

Salve, divinas flores,
Que orlais la mas gallarda y linda frente
Que el sol mira en su curso dilatado:
Salve, y gratas oid vuestros loores,

Que hoy esparce mi lira al puro ambiente.
Asi jamas airado
Con vosotras el dueño idolatrado,
Que os escogió para su adorno bello,
Os separe del nitido cabello
Dó brillais gloriosas
Con pompa vuestra y con envidia mia,
Perpétuas venturosas,
Encanto de mi ardiente fantasía.

¿Y qué dichoso amante
Os puede ver sin anhelar, ó flores,
Que á vustra duracion sea semejante
La de sus placidísimos amores?
Si, hermosas Siemprevivas,
No sujetas del tiempo á los rigores,
Ni al vuelo de las horas fugitivas.

Apacibles, serenas,
Ostentais la beldad, que os dió natura,
A la par de la rosa fresca y pura,
De lirios y fragantes azucenas,
Y del clavel ardiente,
Émulo de la llama refulgente,

Y de las otras flores variadas,
Que esmaltan los vergeles y enramadas.
Y tal vez todas con desden os miran,
Porque os negára Flora
El brillo, y los balsámicos olores
De sus graciosas alas,
Y las risueñas galas,
Que pomposas ostentan y colores.

Mas ¡ay, qué necio orgullo y ufanía!
Comparen su beldad fugaz y leve
Con vuestra eternidad. Un breve dia
Vé nacer y morir á las mas de ellas.
Y las que acaso, porque no tan bellas
Ni encantadoras son, tienen del cielo
Vida mas larga y perezoso vuelo,
Ó del cierzo helador al silbo horrendo,
Ú al granizo tremendo,
Y á las nieves esquivas,
Y á la aspereza de diciembre frio,
Ú á los áridos soplos del estío,
Mueren al fin. ¿Y cuál, ó Siemprevivas,
Por mas amada que de Flora sea,
Y mas encanto y resplandor posea,

Conserva su matiz puro y lozano,
Si de su débil tallo el rudo viento
La separa violento,
Ú alguna dura y despiadada mano?
Solo en vosotras tal poder se encierra
Ó predilectas hijas de la tierra.

Naceis y no morís... ¡Ah! ¿Mi ventura
Será eterna cual vos?... Vosotras solo
Naceis y no morís. Por esto acaso,
Por esto, sí, mi Olimpia idolatrada,
Para adornar su fulgida hermosura,
Que oscurece la luz del mismo Apolo,
Os prefirió advertida,
Y os concedió su frente delicada
En guirnalda lucida
Placenteras ceñir: y os dió á su seno
De viva lumbre y de ternura lleno,
Donde os miro dichosas,
Envidiables, latir y arder. Decidme,
Decidme: ¿Mi ventura
Es tal, que sois emblema gloríoso,
Emblema, que mis dichas asegura,
De la constancia de su pecho hermoso?

En él vive mi amor,... ¿Cuál vos eterno,
Jamás se apagará?... Divinas flores,
Flores encantadoras;
¡Ay! servidle de ejemplo á todas horas,
Y no marchite el tiempo los amores,
Que son mi único afan y mi alegría,
Que hacen felice la existencia mia.

XV.

A Olimpia.

Dulce señora mia,
Mas lozana y gentil, y mas hermosa,
Que al despuntar el dia,
Se muestra por abril purpúrea rosa:
¡Cuán venturoso vivo
Desde que soy de tu beldad cautivo!

¡Felice cautiverio
Mas que la libertad! De él no saliera

Si el soberano imperio
Del anchuroso mundo me valiera,
Que es triunfo glorioso
Esclavo ser de dueño tan hermoso.

El soberbio tirano,
A quien se humilla el apartado oriente,
Y perlas el mar cano
Tributa, y Tibar oro refulgente
Su alta soberanía
Gozoso por mi suerte trocaria.

Porque ¿quién, ó señora,
Puede anhelar mas gloria, que humillado
Mirar la encantadora
Beldad vuestra, rindiendo encadenado
El alma y alvedrio
A vuestro delicioso señorio?

Y contemplar humilde
La magestad y gracia del semblante,
Y el fuego irresistible
De los modestos ojos, y el crispante
Y nítido cabello,

Que orna la frente y el gallardo cuello?

Y ese pecho divino,
Que vence en candidez al alba pura,
Y el talle peregrino,
Y el soberano todo y compostura,
Y la mano de nieve,
Y el brazo de alabastro, y el pie breve?

¿Y qué dicha mas alta
Que escuchar embebido vuestro acento,
Dó esplendente resalta
El noble y generoso entendimiento,
Que os dió naturaleza,
La discrecion uniendo á la belleza?

Si mil cuellos contara,
Todos á vuestro yugo, ó mi señora,
Ufano presentára;
Pues desque á vuestra planta encantadora
Me rendí por cautivo,
Feliz, glorioso, y envidiado vivo.

XVI.

Lamento nocturno.

Noche serena y pura,
Y vosotras, ó estrellas,
Que brillais en el cielo vagaroso,
Desde la inmensa altura
Trémulas luces bellas
Al suelo dando, y plácido reposo:
Si el llanto congojoso
De amantes desdichados
Escuchais compasivas,
Atended ¡ay! las vivas
Penas que me devoran, y cuidados:
Vereis ¡oh cruda suerte!
Que amo, y amado soy, y ánsio la muerte.

Y tú luna argentada,
Que blanca resplandeces,

Húmeda, y silenciosa, y sola, y fria
En tu rueda elevada,
Y la nieve esclareces
De las cercanas cumbres de Fonfría;
Tú que á la diosa mia
Lánguida te asemejas,
Y tú, que amada fuiste,
Y que tambien vertiste
Llanto de amor en angustiadas quejas;
Oye, que el manso viento
Te llevará en sus alas mi lamento.

¡Ay que en el pecho mio
La mas vehemente llama
Arde, que ardió jamas en pecho humano:
La que en su poderío
Con mas rigor inflama
La ardiente flecha del amor tirano!
Y el dueño soberano
Por quien me abraso y muero,
No esquivo y desdeñoso,
Sino blando, amoroso,
Cual yo, siente el ardor del niño fiero,
Y ambos nos abrasamos,

Y en un mar de desdichas naufragamos.

La horrenda tiranía
De los hombres crueles
Frustra las miras del benigno cielo,
Y en mísera agonía
Pone dos almas fieles,
Que en amarse cifraban su desvelo,
Y en llanto y desconsuelo
Las hunde airada y fiera,
Y bárbara se aplace
Al mirar cual deshace
Los lazos que natura entretegiera,
Siempre contradiciendo
Sus sábias miras, con rigor tremendo.

Y hora que acerbo llanto
Mi faz pálida moja,
Entre las sombras del callado sueño;
Tal vez mayor quebranto
A mi bien acongoja,
En los ásperos brazos de otro dueño,
Que con cansado empeño,
¡Imagen espantosa!

Roba caricias frias,
Caricias, que son mias,
Y que ella para mí guarda ambiciosa:
Y.... ¡desdichada suerte!
Ven, siega mi garganta, ó dulce Muerte.

¿Y puede algun contento
Gozar el pecho mio?...
Juzgadlo vos, del cielo lumbres claras,
Que escuchais mi lamento,
En vuestro cerco frio,
Compadecidas de mis penas raras.
Amor, si incienso y áras
Te elevan los humanos,
Y cual dios los admites,
¿Porque, dime, permites
Que manden en tu fuego los tiranos,
Robándote caricias
Y tornando tormentos tus delicias?

Avecillas dichosas,
Que en vuestro pobre nido
Hallais á vuestro gusto compañía,
Y tiernas, y amorosas

Sueño no interrumpido
Gozais tranquílas, hasta el nuevo dia;
Sin que la fuerza impía
A entregar os obligue,
Con bárbaros rigores,
Vuestros dulces amores,
A quien no os interesa, y os persigue:
Vosotras, de mi pena
Juzgad, y del dolor que me enagena.

Ó yedras fortunadas,
En el bosque sombroso
Libres naceis, y libres os es dado
Buscar enamoradas,
El árbol generoso,
Que ha de verse con vos engalanado:
Y el tronco bien hadado
Abrazais cariñosas,
Sin que el poder sañudo
Os obligue á otro nudo,
Y asi creceis lozanas y pomposas,
Siendo en las soledades
Ejemplo del amor largas edades.

Mas ¡ah! que ya el oriente
La soñolienta Aurora
Esmalta, con sus puros rayos de oro,
Y de púrpura ardiente
Los celages colora,
Y aun inunda mi faz amargo lloro.
Ya huye el alto coro
De lustrosas estrellas,
Que oyeron mi agonía:
Pero aunque venga el dia,
¿Pueden cesar mis ásperas querellas?
¡Ay! jamas mi quebranto
Puede aliviarse, ni cesar mi llanto.

XVII.

A la cabaña de Antimio.

¡O infalible placer!... hija del cielo!
Dulce y santa amistad, de los mortales
Encantador consuelo:

¿Aun tienes un asilo acá en la tierra,
Donde vives oculta y refugiada,
En tanto que del orbe te destierra
La bárbara maldad?... Si, yo dichoso
Te hallé, y gocé el hermoso
Resplandor de tus alas celestiales,
Y te vi venerada
Por sencillas pastoras y zagales.

Cual suele en noche oscura y tormentosa
La confusion hollando del desierto
Descaminado y triste peregrino
Buscar con planta trémula y medrosa
La senda que perdió, falto de tino;
Que ora queda enselvado
Entre árboles desnudos,
Que los ojos espantan,
Ora rendido en la sedienta arena,
Ora enredado entre peñascos rudos
Donde rugientes aguas se quebrantan;
Y ahogado de congoja, espanto y pena,
Da voces y alaridos
Que en las sombras perdidos,
Solo repite el eco
Desde algun yermo risco, ó tronco hueco;

Así vagaba por el mundo impío
Buscando paz, virtudes y reposo,
Y el dulce amparo de amistad sagrada,
Para en su seno amable y delicioso
La suerte lamentar de los mortales,
Y de la infortunada
Tierra los vicios y espantosos males.

¡Ay, lo buscaba, y lo buscaba en vano,
Para á su sombra plácida y segura
De los hombres llorar la desventura!
¿Mas cómo hallarlo entre el furor insano
De las viles pasiones encontradas,
De la discordia atroz en los furores,
Entre el estruendo de la infausta guerra,
Entre siervos humildes, y opresores;
Que solo pueblan la infelice tierra?
Las almas degradadas
No albergan amistad, y las que gimen
En hórridas cadenas,
De despecho y rencor, y sustos llenas,
Desconfianza atroz solo respiran:
Los déspotas que oprimen
Al mundo, siempre enarbolado miran

El vengador puñal sobre su seno,
Y el dogal, y el cuchillo, y el veneno
Feroces aperciben
Para romper los vínculos sagrados
Con que están los mortales enlazados:
Que por su desunion tan solo viven.

¡Ó siglo desastroso!
Un tiempo, que voló mas presuroso
Que en el sediento estío
Débil exalacion, imaginaba
Que el orbe á ser feliz se preparaba.
Los hombres en ser hombres consintieron,
Las alumbradas frentes sacudieron....
Mas ¡Ah! ¡recuerdo triste!...
Todo pasó como celage leve
Si el rudo soplo de Aquilón le enviste.

El tardo Manzanares
Ha recogido mi copioso llanto:
El Bétis sacrosanto
Ha escuchado mil veces mis pesares:
Los espantosos mares
Al ronco son de sus bramantes ondas

Han unido piadosos mis lamentos,
Que tambien raudos los hinchados vientos
En sus rápidas alas los llevaron,
Y nunca ¡ó Dios! mis penas se templaron.

Buscando algun consuelo
Voló mi atormentada fantasía
De este mezquino suelo
Á las regiones donde nace el día:
Y allí opresion halló, y engaño, y dolo.
Torné la mente al elevado polo,
Señor eterno de herizado hielo,
Y esclavos encontró tan solamente.
Tornéla al sur, y yermos arenales
Dó nace el Nilo oculto y misterioso,
Á los que del Atlante ven la frente,
Y á las peñas que azota el mar profundo
Hinchado, y tormentoso
Con ronco hervir hórrisono y rugiente,
Meridionales terminos del mundo;
É ignorancia y horrores encontrando,
Los ojos apartando
Los volví presuroso
Al inmenso cimbórazo, que eleva

En medio al Ecuador la escelsa cima,
Que á los cielos se eleva,
Que entre tonantes nubes se sublima;
Y ví desolacion, discordia y fuego.
Y al no hallar paz, virtudes, ni sosiego
En cuanto alumbra el luminar del dia,
En los confines de la tierra fria
Gemí y temblé sus zonas detestando.
Y de pavor temblando,
Rogaba al viento rápido rugiente
Que me arrancára en raudo torbellino
De este suelo mezquino,
Llévandome en sus alas,
Hendiendo el ancho espacio vagaroso,
Á buscar en la luna refulgente
Entre séres incógnitos reposo.

Cuando mi acervo llanto
El cielo bienhechor vió compasivo,
Y al tiempo que su acento
Daba mi lira al viento,
Con tan triste sonar que conmoviera
Del pátrio Bétis la feraz ribera,
Bajó un rayo de luz, que hirió mi frente,

Bañándola en consuelo.
Y sentí de repente
Un impulso interior, que hácia tu suelo,
Delicioso Genil, me arrebataba:
Y Favonio, que blando revolaba
Entre risueñas flores,
Y en sus pintadas hojas se mecia,
Imaginé que afable me decia:
"Vuela á su margen, hallarás en ella
Inocentes pastores
Que la virtud y la amistad cultivan.
Si los hados te privan
Por el mundo estendido
De gozar su dulzor, corre á su seno
Dó nunca entró el mortífero veneno,
Que á los mortales tan funesto ha sido."

Yo entonces confortado,
Como piloto que en la noche oscura
Del viento contrastado,
Cuando en mayor peligro se figura,
El mismo mar incierto
Dentro le arrója de su pátrio puerto,
Quedé en dulce consuelo enagenado.

Corro precipitado
A este suelo felice y venturoso,
Y tu cabaña ví.... ¡dulce cabaña!
¡Ó docto Antimio! ó Mayoral dichoso!
¡Ó sacrosanto templo
De virtud y amistad, dó refugiadas
Viven, despues que con horror lanzadas
Fueron del resto atroz de los mortales!...
Zagalas y zagales,
Pastoras y pastores,
Que puros, inocentes
De matizadas flores
Orlais gallardos las sencillas frentes:
Acojedme piadosos,
Y mi llanto enjugad. Mi fantasía
No mire mas los males horrorosos,
Que el mundo inundan, que á la patria mia
Destrozan con furor: cobre mi alma
En vuestro seno su apacible calma.

XVIII.

A Olimpia.

¡Ay! que en mi labio demudado y frio
El delicioso canto
Se torna sollozar, el crudo llanto
Inunda el pecho mio,
Y con trémula mano
Del arpa de marfil recorro en vano
Las dulces cuerdas de oro,
Que mudas no responden,
Y sus ecos esconden,
Tal vez medrosas de mi acerbo lloro.
¿Y qué amable armonía,
Tu bálsamo süave asi me niegas?
¡Oh! ven á consolar el alma mia.

¡Cuán tierna y grata en las frondosas vegas
De Tajo delicioso

Me prodigabas tu sonoro encanto:
Cuando á la par de mi tirano hermoso
Los vergeles y selvas recorria,
Al despertar la rozagante Aurora,
Al vivo ardor del luminar del dia,
Al estender su tachonado manto
La noche sosegada,
Y al blanco brillo de apacible luna!

¡Ay áspera fortuna,
Y cuán fugaces fueron
Las horas de placer!... Ellas volaron
Con ala rapidísima, y huyeron,
Y mi dicha y mi bien me arrebataron.
¿Y ya no son los plácidos instantes
De una ventura, que eternal creia?...
¿Los momentos pasaron
En que inundado de dulzor mi seno,
Del labio ardiente de mi bien bebia
Amor, delicias, y fatal veneno?

¿No son?... ¿No tornarán?... ¡Horrible idea!...
Antes la muerte su güadaña vibre
Sobre mi cuello, y el amparo sea

Que de tormento tan atroz me libre.
No son, no tornarán: harto lo afirman
Tu aspereza y desden, ó bella ingrata.
Ya no palpita tu divino pecho
Al escuchar mi voz, ya en dulce llama
No arden tus bellos ojos al mirarme
Temblando de congoja y de despecho.
El tédio por tus venas se derrama,
Y se pinta en tu ceño desdeñoso
Cuando escuchas mi acento lastimoso,
Y te desdeñas ¡ay! de consolarme,
Y huyes de mi gemido,
Cuál de sierpe maléfica al silbido.

¡Qué afan!... ¡Cielos! ¿Acaso
Mi constante pasion, mi fé sincéra
Merecen premio tal?... inadvertido
La vi, la amé, y el alma, el alma entera
Le di, y el corazon.... ¡Ó cuán dichoso
Al ser suyo me hallé!... ¡Cuando anhelante
Su pecho palpitante
Felicidad sin fin brindando al mio,
Á sus blandas caricias
Un mar desconocido de delicias

Presentóse á mi ciego desvarío!...
En él ¡ay! me arrojé, y en él dichoso
Vi arder sus ojos de esplendor vehemente,
El amoroso afan orlar su frente,
Y escuché de su labio purpurino:
¿Quién ama como yo? Jamas mi seno
Sintió cual siente de ventura lleno:
Tú eres el bien que me formó el destino.
Tales palabras mágicas brotaron
De la boca de Olimpia, y en mi pecho
Ciego delirio y perdicion sembraron.

Ciego delirio y perdicion. ¡Ay triste!...
¿Su ardor y sus palabras que se han hecho?
¿Qué se han hecho?... ¿Lo dudo?...Nunca: existe,
Y ellas viven tambien. Su labio hermoso
Jamas vertió el aroma ponzoñoso
De vil simulacion. Fiel me asegura
Que premia mi pasion sublime y pura,
Que me amará sin fin, y que algun dia...
¡Ó ilusion que embriaga el alma mia!

Mas ¡ay! ¿Si ella me adora,
Si mi felicidad solo es su anhelo,

Que turba, ó Dios, su faz encantadora?
¿Qué motiva su llanto y su desvelo?
Tal vez le mueven mis amargas penas,
Tal vez enjuga mi abundante lloro,
Me prodiga caricias,
Renueva mis delicias,
Fé constante me jura,
De su amor me asegura,
Soy dichoso un instante,
En guirnaldas se tornan mis cadenas,
Y á su amor me abandono palpitante;
Cuando de pronto miro
Morir el fuego que en sus ojos brilla,
Marchitarse la rosa en su mejilla,
Velar su frente el tédio, y un suspiro
En sus labios ¡ay! suena,
Y por mas que advertida la refrena,
Alguna acerba lágrima aparece
Que sepulta mi dicha, y me estremece.

¡Ah que cruel tormento!...
¿Mas adónde me arrastra mi delirio,
Que en bárbaro martirio
Deslizarse las lentas horas siento?...

¡Ay!... ¡Olimpia!... Perdona mis querellas,
Y no te ofenda mi pasion con ellas.

XIX.

Brevedad de la vida.

De flores odorantes coronada,
De Zéfiro en las alas vagarosas
Viene la rozagante Primavera
De la gallarda Flora acompañada.
Matizase risueña la pradera,
Brota amarantos, lirios y claveles,
Abre su seno cándido la rosa,
Se engalanan florestas y verjeles,
Los árboles pomposos se coronan
De frescas hojas y canoras aves
Que dulces himnos á la luz entonan,
Llenando el aura de sus trinos suaves.

En pos el seco Estío

Marchitando los campos aparece,
Y el don de Céres ardoroso tuesta,
Retarda el paso el impetuoso rio,
Y amarillea en torno la floresta.
La selva mas repuesta
Busca el ganado con sediento anhelo,
Que el padre de la luz el viento inflama,
Marchita flor y rama,
Y lanza sus ardores contra el suelo.

Viene luego gozoso
El Otoño ostentando sus racimos:
El huerto delicioso
Rinde frutos opímos
Á Priapo y Pomona,
De pámpanos hermosos se corona
La Bacante gallarda, corre, y canta,
El tirso revolviendo,
Los cabellos al aire desparciendo,
Y el prado huella con lasciva planta.

Mas ¡ay! en pos sañudo
Con faz marchita, y con rugosa frente
Llegá el invierno crudo

En los brazos del ábrego rugiente,
Que de sus pardas alas
Granizo aterrador sacude al suelo.
El prado abruma de herizado hielo,
El monte oculta entre tronantes nubes
La cumbre helada que luciente brilla.
Desnudo de su pompa el bosque umbroso
Se encorva al peso de la intensa nieve,
Y el Bétis orgulloso
Rompe altanero por su corva orilla
Igual casi á Neptuno proceloso,
Y soberbio se atreve
Á las nobles almenas de Sevilla,
Y ganados, y chozas, y pastores,
Y antiguos puentes, y robustos pinos,
Barcas y pescadores
Arrastra horrendo en raudos remolinos.

¿Qué se hicieron las flores odorantes
De la lozana hermosa Primavera?
¿Qué las espigas del fecundo Estío?
¿Qué de Otoño las frutas abundantes?
¿Es ésta ¡ó Dios! es ésta la pradera
Que tan risueña estuvo? ¿Es éste el rio,

Que afable vi jugar en sus orillas,
Con güaldas y moradas florecillas?

Si, Dalmiro, estos son: asi girando
Los dias sin cesar lo mudan todo,
Y van las estaciones alternando.
¿Pero que importa que en vejez la tierra
Llore su brillo y su verdor deshecho
Por las lluvias, y hielos, y uracanes,
Que con tanto rigor le mueven guerra?
Pronto se amansarán, y satisfecho
De su furia el invierno
Renacerá la hermosa Primavera,
Y tornarán los deliciosos dias,
Y brillará apacible el claro cielo,
Y cobrará su juventud primera
Regocijado el suelo:
Que eternas nunca son las nieves frias.

No asi las estaciones presurosas
De la vida infeliz de los humanos,
Por mas que los alhague la fortuna,
Se renuevan tambien. ¡Ay! prestas huyen
Para nunca tornar! Las deliciosas

Risas, y dulces juegos de la cuna
Vuelan fugaces sin volver: las gracias
De la primera edad desparecen;
El entusiasmo, el fuego que engrandecen
La juventud lozana,
Se disipan cual sombra á la mañana,
Y nunca tornan á brillar. ¡Ay! nunca
Las dulces ilusiones,
Que encantan los sensibles corazones,
Y un mar inmenso de delicia ofrecen,
¡Cielos! tambien perecen
De la vejez al ceño rigoroso,
Que con brazo de hielo,
Los encantos que hicieron delicioso
Á nuestra vista el existir, deshace:
Y rasga el grato velo,
Y horrenda se complace
En mostrarnos de espinas herizado
El mundo, y de maldades habitado.

¡Y es tan corto el espacio, ó cruda suerte,
Que media entre las risas placenteras
De la cuna inocente, y los horrores
De la torva vejez! Dalmiro, advierte

Cuál las horas deslízanse ligeras,
Llevando en pos de nuestra edad las flores.
Apenas ¡ay! la primavera hermosa
De alegre juventud gozar me es dado,
Y ya de mí se aleja presurosa...
Detente por piedad... ¡Ah!... no me atiende
Y huye, y lejos de mí su vuelo tiende,
Y se apresuran á correr los dias,
Y van con ellos las delicias mias.

XX.

A Olimpia.

Arde el fogoso oriente
En púrpura bañado
Con la encendida luz del nuevo dia,
Y la Aurora esplendente
Sale del mar sagrado
Ostentando su encanto y gallardía;
La crencha de ambrosía

Celestial empapada
Desparce al viento vago,
Vuela al risueño alhago
De Favonio su veste engalanada:
Y te mira envidiosa,
Que eres tú mas lozana y mas hermosa.

En tu frente serena
Nace y cándida brilla
La dulce y pura luz de la mañana:
La nieve y la azucena
Esmaltan tu mejilla,
Templando el fuego de la tiria grana.
Tu boca soberana
Vence á la blanda rosa,
Que abre el preciado seno
De frescas perlas lleno
Y süave fragancia deliciosa:
Y si Febo aparece
La lumbre de tu ojos lo oscurece.

Y la celeste llama,
Por cuyo robo gime
El aherrojado Prometéo, ¿dónde

Mas luciente se inflama
Que en esa alma sublime
Tanto que á tu belleza corresponde?
¿Qué á tu ingenio se esconde
Del piélago profundo
Del gran saber humano?
Regir tu hermosa mano
Debiera el cetro del estenso mundo,
Encantador portento
De gracia y de beldad, y entendimiento.

¡Oh si grato el destino
Pulsar me concediera
De Terpándro la cítara sonora,
Y aquel estro divino
En mi pecho encendiera,
Que aventaja á la lumbre de la aurora!
Mi voz encantadora
El orbe llenaria
Tal vez sobrepujando
A la que resonando
En los labios de Píndaro algun dia
De Grecia en las ciudades,
Aun dura combatiendo á las edades.

Entonces, solo entonces
De entonar me juzgára
Digno tu nombre, que rendido adoro.
Y eterno cual los bronces
Mi acento resonára,
Cantando de tus gracias el tesoro.
Y el sacrosanto coro
De la Elicónia cumbre
Se humillára á mi canto,
Y se escuchára en cuanto
Regocija del sol la viva lumbre:
Y desde los triones
Al sur se difundieran mis canciones.

Mas ¡ah! que al contemplarte
Engrandecerme siento,
Y el fuego que en mi pecho amor enciende
Me anima ya á nombrarte,
Y á tu nombre mi acento
Por el espacio fúlgido se estiende.
Ya á mis ojos no ofende
Del sol la lumbre pura,
Y los vientos me llevan
Entre celages á la inmensa altura,

Do mi lira brillando
De Iperión la luz está ofuscando.

Y á tu encanto divino
Giro el espacio leve
Esparciendo tu gloria al ancho mundo.
El enhiesto Apenino,
Señor de eterna nieve,
Resuena ya á mi voz: el mar profundo
Tu nombre sin segundo
Hervoroso repite.
Erídano sonando,
Y tu beldad cantando,
Deslizaráse al seno de Anfitrite:
Y el Tiber tus loores
Escuchará envidiando mis amores.

Y pues tu nombre solo
Tan alto me sublima,
Ilustre y hermosísima señora,
Que el rutilante Apolo
En la parnásea cima
Zeloso escucha ya mi voz sonora;
Pues de la destructora

Segur del tiempo airado
Por tí libre se mira
Mi humilde y ruda lira,
Ceñida en torno de laurel sagrado;
Solo se escuche en ella
Tu nombre y mi pasion, Olimpia bella.

EGLOGA.

POETA. LAURISO. MIRTILO.

POETA.

Si el ronco acento de la lira mia
Consiguió venturoso interesarte,
Olimpia bella como el claro dia,
Tu amor cantando y el furor de Marte;
Estos humildes versos, que Talía
Me dictó acaso, logren agradarte:
Y escucha al son de la campestre avena
De mis zagales la cancion serena.

Una cansada y perezosa siesta
Cuando el ardor del encendido Febo
Las fuentes disminuye, el campo tuesta,
Y no consiente á los ganados cebo;
Á buscar el ambiente en la floresta
Lauriso gallardísimo mancebo
Orillas de un arroyo sosegado
Encaminó su retozon ganado.

Tal vez allí gozando la frescura
El gracioso Mirtilo se encontrára.
Ambos jóvenes eran, y en dulzura
Para el canto ni Pán les igualára.
Al pie de un olmo cuya verde altura
Les daba grata sombra, y de la clara
Corriente al resonar, asi cantaron,
Y las Ninfas del bosque lo escucharon.

LAURISO.

No solo allá en las córtes y ciudades
Egerce el crudo amor sus tiranías,
Ni el insáno rigor de sus crueldades
Ostenta en las florestas y alquerías;
En los pechos tambien de las deidades,
Y entre las ondas de las aguas frias
Del duro amor el insaciable fuego
Enciende con su flecha el niño ciego.

Por verde prado y suelo delicioso,
Que Flora esmalta con matiz divino,
Para unirse á Neptuno proceloso
El ancho Bétis tuerce su camino.
Y á registrar su estado poderoso
Sacó la faz del seno cristalino
Una tarde tal vez, y acaso viera
Á la zagala Adelfa en su ribera.

Sus ojos al momento el Numen ama,
Que le abrasaron con su dulce fuego,
Y ardiendo del amor en viva llama
Perdió la regia calma y el sosiego.
Su tierno pecho con la ausencia inflama,
Y á fuer de amante con humilde ruego
Sale á la orilla, y entre blandas flores
Asi rendido esplica sus amores.

MIRTILO.

Vuelve, ó mi Sol, alegra esta ribera
Con pura luz de tus hermosos ojos.
Torna, Zagala, tu crueldad no quiera
Con desdenes causarme mas enojos.
Ven á gozar tranquila y placentera,
Á tus plantas rendida por despojos,
De mi riqueza la abundante fuente,
Que para tí la guardo solamente.

No nacen en mi orilla carrizales,
Ni frágiles elechos, ni espadaña;
Mosqueteros y mirtos y rosales
Son los que mi corriente copia y baña.
Sauces, olmos, laureles eternales
Pueblan en vez de la flexible caña
Mi alegre margen, que en mi regio asiento
Jamas groseros vástagos consiento.

Jacintos y claveles carmesíes,
Rojos carmines, blancas azucenas,
Morados lirios, jaldes alhelíes,
Frondosas parras, frígidas verbenas,
Y maravillas, güaldas y turquíes
Esmaltan mis dos márgenes amenas,
Que desde el punto que tu ausencia vieron
Mústias quedaron, su esplendor perdieron.

Por lo mejor de Hespéria se derrama
Mi corriente feliz, en todo el mundo
Mi poder suena y mi esplendente fama,
Igual á la del piélago profundo.
En cuanto ve del sol la eterna llama
Respétase mi nombre sin segundo:
Y humildes el ocaso y el oriente
Me dan tributo de metal luciente.

Al mismo mar no cedo en poderío,
Que si enojado con mi corva orilla
Salgo, cual suelo por diciembre frio,
El monte enhiesto á mi furor se humilla.
Á mi rugiente y espumoso brio
Tiembla asustada la imperial Sevilla,
Y el pino, que es honor de la montaña,
Vuelco en mi espuma como frágil caña.

En medio de mi frígida corriente
De fábrica divina es mi palacio:
Son las columnas plata refulgente,
Son las pilastras nacar y topacio.
Y la soberbia bóveda eminente
Que cierra en torno el atrevido espacio
Follages de carámbano, guirnaldas
Donde brillan turquesas y esmeraldas.

Mis arenas copiosas de abalorio
Y de cándidas perlas y corales:
De los dioses asisto al consistorio,
Que no son mas que yo, son mis iguales.
No es mi poder, cual juzgas, transitorio,
Que en las altas esferas celestiales,
Donde Júpiter mora sobre el viento,
Tambien como inmortal tengo mi asiento.

¿Mas qué es esto sin tí, linda Pastora?
¿Qué es esto sin gozar de tus caricias?
Todo por tí lo abandonára ahora
Que en tu amor solo cifro mis delicias.
Zagala, ven: atiende al que te adora,
¿Por qué mi amor ingrata desperdicias?....
¡Ay cuántas ninfas por lograrlo hícieran
Mi gusto, y por felices se tuvieran!

Aglaura, la graciosa Deyopéa
El dulce amor que te consagro envidian,
Y unidas con la blanca Galatéa
Para ablandarme de consuno lidian:
Mas como amarte mi destino sea
Sus importunaciones me fastidian:
Harto lo advierten, llóranlo, y cansadas
Se esconden en mis selvas apartadas.

Ven, responde á mi amor... ¿Amas las flores?
Mi margen con tu luz esclarecida
Te las dará tan lindas en colores
Como tu gusto ó tu capricho pida,
El aura inundarán con sus olores,
Y si de ellas tu frente veo ceñida
Despreciaré las que desparce Flora,
Las que en el seno brillan de la Aurora.

¿Te divierte el cazar? un bosque umbroso
Consagraré á tu nombre, donde halles
El ágil ciervo, el javalí espumoso,
Mejor que de las sierras en los valles:
Dó jamás éntre el sátiro amoroso,
Y de altos olmos en torcidas calles
Las tórtolas amantes aprisiones,
Ó al descanso tranquila te abandones.

¿Quieres mando y poder? Tuyo es el mio.
¿Quieres nombre inmortal, eterna fama?
Los dulces cisnes que en mi curso frio
El fuego escelso de Helicón inflama,
De su canto sublime al poderío
Tu nombre harán eterno, y esta llama
En que ardo ya por tí... ¿Mas no respondes,
Y á mi cariño y á mi afan te escondes?...

Ten lástima, crüel, de un desdichado
A quien arrebataste su sosiego,
Ven á ser la señora de mi estado,
Ven á gozar de mi cariño el fuego:
Si mi escelso poder no te ha obligado,
Muévate el escuchar mi humilde ruego:
Cáusete compasion mi tierno llanto,
Oye al menos las quejas de mi canto.

LAURISO.

Asi cantaba el Dios, su amarga pena
Comunicaba al apacible viento,
Los altos olmos de la orilla amena
Mostrávanse movidos del lamento;
El aura leve de fragancia llena
No causaba en las hojas movimiento,
Y los azules peces se paraban
Y los dulces amores escuchaban.

Una tarde tal vez, que de amaranto
Los celages levísimos tiñera
Febo desde occidente, el dulce llanto
Bétis y el blando ruego repitiera:
Cuando el hermoso objeto de su canto
Dejóse ver en la feraz ribera,
Rozagante llenandose la falda
De flores, para hacer una guirnalda.

En la ya mústia y marchitada orilla,
Al ver la linda faz de Adelfa hermosa,
Con nueva y pura luz el aura brilla,
Se engalana la selva silenciosa,
Brota el suelo á su planta manzanilla,
Y la azucena y la purpurea rosa
Tornan á demostrar su nieve y grana,
Cual si vieran la luz de la mañana.

El manso aliento de Favonio blando
Tornó halagüeño á conmover las flores,
Y las graciosas alas agitando
Esparció los balsámicos olores.
El amoroso ruiseñor, juzgando
Que tornaban de nuevo los albores
Que dan principio al esplendente dia,
Sus trinos deliciosos repetia.

Mírala Bétis, torna al llanto luego,
Y la inocente Adelfa se sonroja,
Y el dios ardiendo en insaciable fuego,
Tanta esquivez y ceño le acongoja:
Y al ver que nada alcanza con el ruego,
Y que la ingrata con su amor se enoja,
Grabó la planta en la mojada arena
Hollando el amaranto y la verbena.

"Por fuerza" dice: »me querrás, Pastora,
Que yo sabré domar tu ceño esquivo."
Y tras ella con planta voladora
Corre veloz, en ademan altivo.
La ninfa al verlo cerca, triste llora,
Y apresura su curso fugitivo
Tímida, sin aliento, presurosa,
Cuál huye del lebrel cierva medrosa.

Y viendo que la alcanza el Dios, alzando
Ambas manos al cielo: „Diana”, dice,
Que los montes y selvas fatigando
Tu labio al torpe forzador maldice:
Recuerda que me ves entre tu bando,
Sé escudo impenetrable á esta infelice.”
La diosa oyó su ruego, socorrióla,
Y en la flor de su nombre convirtióla.

En esa flor hermosa que conserva
Con linda faz la condicion esquiva;
Bella á los ojos y apacible yerba,
Mas lleno el tallo de ponzoña activa;
Graciosa de color, de gusto acerba,
Del sol resiste la calor estiva;
No la pace el ganado, ni las aves
Desde ella entonan cánticos süaves.

POETA.

Esta fué, bella Olimpia idolatrada,
La cancion que entonaron los pastores
Mientras la vega estuvo marchitada
Del sol con los radiantes resplandores,
Y viendo que la siesta era pasada,
Coronados de lauro, mirto y flores,
Con amorosa muestra se abrazaron,
Y aquel sombroso sitio abandonaron.

ELEGÍAS.

I.

Noche terrible y tenebrosa, ¿ dónde
La pura luz que encanta el alma mia,
De mis ojos tristísimos se esconde ?
  ¿ Do están ¡ ay ! mi consuelo y mi alegría?
¿ Do mi Olimpia crüel, que asi me deja
En hondo afan, en mísera agonía ?
  Cuando el carro del sol huye y se aléja
Á los desiertos mares espumosos
Acude grata á mi amorosa queja,
  Y ya en sus altos cercos vagarosos
Las pálidas estrellas resplandecen,
Resaltan los luceros relumbrosos,
  Y mis ojos con llanto se oscurecen
Porque no encuentran á su dueño amado
Y en triste sombra ¡ ay míseros ! perecen.

¿ En dónde estás mi bien ? desatentado
Corro en tu busca con dudosa planta ,
Y torno , y no te encuentro desdichado.
¿ Quién te roba á mi amor con fuerza tanta
Que á arrancarme no vienes compasiva
El áspero dogal de la garganta ?
¿ Tal vez , tal vez la saña vengativa
De algun duro tirano te detiene ,
Y que consueles mi afanar te priva ?
¿ Tal vez me has olvidado , y te entretiene
Alguno mas dichoso ? ... ¡ Ó Dios !.. Perdona:
Siempre el tierno amador recelos tiene.
Noche , noche terrible , tu corona
De altas estrellas hunde en Oceano,
Y contigo el horror que me aprisiona.
Y brille en el Oriente el soberano
Resplandor de Titán , y su luz pura
Rompa de mis sospechas el arcano :
Y vuelva yo á gozar de la hermosura
De mi Olimpia adorada , y su terneza
Compense mi afliccion y mi amargura
Vuela , ó noche fatal , y con presteza
Llévate mi tormento y mis temores ,
Y de mis crudos hados la aspereza.

Y á tí, sueño apacible, de tus flores
Una guirnalda tejeré olorosa,
Si templas mis cuidados röedores.
Ven, ¡ay! ven á mi ruego. Presurosa
Huirá la noche en viéndome en tus brazos,
Y calmarás mi angustia congojosa.
Tú sabes dulce apresurar los plazos
De penas y dolores: ven callado
Y envuélveme amoroso entre tus lazos.
Mas ¡ay! que huyes tambien apresurado,
Y te alejas de mí con raudo vuelo
De mis ásperas penas asustado.
Y la noche reácia enluta el cielo,
Y retarda crüel su paso mudo,
Como si se gozára en mi desvelo.
Volad; horas terribles... ¡Oh sañudo
Furor del hado!... Noche perezosa,
Jamas cual hoy sentí tu rigor crudo.
Ya me asaltó tu sombra temerosa
Enmedio de las ondas de Oceano,
En tempestad hórrisona y fragosa,
Y desprecié la furia del mar cano
Y el ronco son del desatado Noto
Y el negro aspecto del escollo insano.

Y vi tranquílo al tímido piloto
Pálido alzar al alto firmamento
Temblantes manos y ferviente voto.
Tambien tendiste por el vago viento
Tus negras alas y tu sombra triste
Con silencioso y presto movimiento,
Y entre yertos cadáveres me viste
Herido, y combatir la muerte fiera,
Y pavor á mi pecho no impusiste.
Y pasé de tu plazo la carrera
Entre confusa plebe amotinada
Del aurífero Tajo en la ribera.
Y la pasé con planta fatigada
Solo, descaminado, perseguido,
Huyendo del poder la fuerza airada.
Mas nunca, ó Noche, tan tremenda has sido
Para mi corazon, nunca tan lenta
Para darme tormento has discurrido.
!Ah! que ya al escuchar cual se lamenta
Mi espíritu abatido se eternece,
Y recoge sus sombras y se ausenta.
Si, ya el rosado oriente se esclarece
Y la primera luz del nuevo dia
Á mis cansados ojos resplandece.

Saca tu blanca faz, Aurora fria,
Y muéstrame do está mi Olimpia hermosa,
Y consuela risueña el ansia mia.
Mas si la airada suerte rigorosa
De su luz para siempre me ha privado,
No ostentes, no, la tuya esplendorosa,
Déjame en noche eterna sepultado.

II.

Tornemos ¡ay! tornemos, dueño mio,
De Jarama apacible á la ribera
Deliciosa y feliz, donde á su colmo
Mis amores dulcísimos llegaron.
Si del pesar la mano envenenada
Un momento amargó nuestras delicias,
Y te robó al placer; si los deberes
De la santa amistad te arrebataron
La sien ceñida de ciprés funesto,
De Manzanares á la regia orilla;
Harto lloro en su arena derramaste.

No te dejes hundir en la honda sima
Del árido penar. Ven, dueño amado,
Torna conmigo, y tu dolor consuelo
Entre mis brazos hallará: piadosos
Los hados al amor puro y ardiente
Ser el comun consuelo de los hombres
Concedieron, mi bien. Ven, ¿por qué tardas?
Ven, Olimpia sensible. ¡Oh cuánto, cuánto
Creció mi amor al enjugar cobarde
Las lágrimas hermosas, que inundaban
Tu palpitante y delicado seno!...
¡Ó Dios, lo que sentí!... Saberlo solo
Pueden las almas, que el destino afable
De virtudes dotó. ¡Qué dulce encanto
Despliega la beldad cuando padece,
Y prorumpe tal vez en tierno lloro!
Hirió tu mente el fúnebre alarido
Y entre mis brazos pálida, marchita
Te vi un momento: y tu belleza entonces
Era como la luna plateada,
Cuando un celage vagaroso y leve
Templa, y no ofusca su esplendente brillo.
Te vi, y temblé de amor... Te vi, y lloroso
Te torné á contemplar, y ¡*Oh*! *nunca*, *nunca*

De ella me apartarán, dije: y acaso
Con las tuyas mis lágrimas se unieron.
Si, la sensible Olimpia... ¿Mas qué digo?...
Mi bien, perdona si la acerba llaga
De tu apenado corazon renuevo
Con recordar tan ásperos instantes,
Cuando debiera consolarte solo.
¿Mas cómo aqui mi bien? No en el bullicio
Del estruendoso corrompido mundo,
Ni en medio de ciudades populosas
Pueden los pechos do virtud se anida,
Del bálsamo gozar que la consuela.
Aqui tú llorarás, y escarnecido
Será tu llanto por las almas frias,
Que en pechos que los vicios corrompieron,
Y duro y ágrio bronce los tornaron,
A la amistad y á la ternura agenas
Respiran para el mal. Tus bellos ojos
Hácia mí tornarás, y en mis amores
Se gozará tu pecho, y un instante
Calmará tu afliccion: y mil testigos
Te increparán con bárbara insolencia,
Envidiando mi dicha, y sus miradas
Temblando evitarás. El labio mio

Te jurará un amor puro, constante,
Una pasion sin fin; y con amarga
Risa de mí se burlarán los necios,
Incapaces de amor, que ya estragados
Buscan un vil placer que de ellos huye,
Y su frialdad atroz con susto mira.
No asi en la soledad. ¡Oh! los sombríos
Árboles que levantan á las nubes
La verde pompa de su escelsa frente;
Las blandas flores que risueñas brillan
Con diverso matiz; las dulces aves
Que el aura inundan de sabroso canto;
El ambiente süave que las hojas
Mueve, empapado en aromoso nectar;
Las claras ondas del sonoro rio,
¡Cuán dulces y apacibles acompañan
Del corazon los sentimientos puros!
Ellos oirán en tu sensible labio
El nombre del amigo que perdiste,
Y lo repetirán. Verán risueños
Tu tierno amor y la ventura mia,
Y nuestra union afables aplaudiendo
Aumentarán el amoroso encanto,
Y mas y mas estrecharán los nudos,

Los nudos que han unido nuestras almas,
Y que jamás se mirarán deshechos.
En aquellos vergeles solitarios
Donde reinan la paz y hondo silencio,
Que solo alteran ó los dulces trinos
Del amoroso ruiseñor, ó el blando
Susurrar de las hojas agitadas,
Ó de las frescas aguas el murmullo,
Resonará mi canto y la armonía
De mi lira diciendo tus loores,
Y con oculta voz lánguida Eco
Los reproducirá. *Y Olimpia, Olimpia,*
Yo me abraso en tu amor, sonará el bosque
Y el ameno jardin, y el hondo rio.
Y en su margen tranquíla, á los alhagos
De la naturaleza hermosa y pura,
Y á las caricias de mi amor sincéro,
Calmará tu afliccion. Ven dueño amado,
No tardes, ó mi Olimpia, deseosa
De consolar tu pecho, nos espera
Del dichoso Jarama la ribera.

III.

¡Ay! que mi pecho mísero te adora,
Y ardo como jamás por tí perdido,
Ingrata y hermosísima señora!
¿Y me abandonarás? ¿Y en hondo olvido
Sepultarás mi dicha, y los amores
Que tanto tiempo tu delicia han sido?
Tente, tente, crüel, y no las flores
Que con mano afanosa cultivaste
Siegues hoy, despreciando sus colores.
No apagues ¡ay! la llama que cebaste
Tu misma, si, tu misma con tu fuego,
Y que guardarla eterna me juraste.
Muévate á compasion mi humilde ruego,
Mi bárbaro penar, y el crudo llanto
Con que tus manos y tus plantas riego.
Mira como la fuerza del quebranto
Mi juventud agosta, y lentamente
Me arrastra hácia los reinos del espanto.

Mira sin lustre mi lozana frente,
Mi faz de angustia y palidez cubierta,
Y mi labio marchito y balbuciente.
Y en tan terrible turbacion no acierta
Mas que á gemir mi acongojado pecho,
Gemir que indignacion en tí despierta.
¡Oh terrible muger!... ¿Y qué se han hecho
Tus promesas, tus lágrimas traidoras?
¿Qué fuerza nuestros lazos ha deshecho?
Pasaron ¡ay! fugaces voladoras
De encanto de placer y de alegrias
Las fortunadas apacibles horas.
Huyeron ¡ay! los venturosos dias
En que anhelante, enardecida, loca
Constancia sin igual me prometias:
En que escuchando de tu ardiente boca
Tanto amor, tan sagrado juramento,
Te juzgaba mas firme que la roca.
Y levantaba osado el pensamiento
A un delicioso porvenir, fundando
Altas soberbias torres en el viento.
¿Mas para qué mi mente recordando
Aquellas ilusiones engañosas,
Está mis crudas penas agravando?

¿Porque intento con quejas lastimosas
Lograr, beldad cruel, que no desvies
De mí tu amor y gracias deliciosas?

Si desprecias mi acento, y te sonries
¡Oh! bárbara crueldad! al llanto mio,
Y de tu triunfo con placer te engries?

¡Tirano Amor!... ¡Ah ciego desvario!...
¿Do apagaré este ardor que me devora?...
¿Dónde huiré, dónde de tu ceño impio?

¿Iré tal vez con planta voladora
A la Zembla polar al sol vedada,
Do noche eterna entre las nieves mora?

¡Ay! que el rigor de aquella mar helada
No templará mi fuego: en sus riberas
Arderá mi pasion infortunada.

¿En frágil nave sulcaré las fieras
Aguas del Ponto hórrisono y rugiente
Despreciando sus ondas altaneras?

En el desierto mar, del Occidente
En las remotas playas solo amarte
Y quejarse sabrá mi pecho ardiente.

¿Cual es del orbe estenso aquella parte
Dó tu amor no me siga y tus rigores;
Dó logre ¡ay Dios! del corazon lanzarte?

Huiré, cual de los duros cazadores
Cierva infeliz á quien taladra el seno
Enhervolada flecha entre dolores,
Que huye, y su daño aumenta, y el veneno
En las entrañas lleva, y de gemidos
En vano deja el bosque oscuro lleno.
Muerte, muerte y no mas. Encrudecidos
Tal remedio los hados me presentan,
Y sus decretos se verán cumplidos.
Tus altivos rigores, que se aumentan
A la par de mi fuego inestinguible;
Las penas, que en mi pecho se alimentan,
Ya me arrastran con fuerza irresistible
Al seno obscuro de la tierra fria,
De eterno sueño á la mansion terrible.
Sáciese tu crueldad y saña impía:
Pronto verá mi tumba esta ribera
Que engañada envidió la dicha mia.
Y condolidos de mi suerte fiera
Entonarán sobre ella los pastores
Cánticos mil con lira lastimera.
Y esparcirán piadosos blandas flores
Y, *aqui*, llorando esclamarán, *reposa*
Una inocente víctima de amores.

Y entonces tú contenta y orgullosa,
Y con tu triunfo bárbaro engreida,
De mi sepulcro rústico la losa
Vendrás á hollar con planta envanecida.

IV.

¿Olimpia, dónde estás?... En vano, en vano
Mis ojos llenos de abundante lloro
Ansiosos en buscarte se fatigan,
Que no te ven. Mi labio balbuciente
Con alto acento sin cesar te nombra,
Y no respondes. ¡Ay!... Corro anhelante,
Y de un secreto impulso arrebatado
Llego tal vez al sitio en que descuella
Tu soberbia mansion, y á las paredes
Que tu ternura y mis delicias vieron
Les pregunto por tí. Recorro en torno
Su recinto esterior, y al ver cerradas
Las altas puertas por dó tantas veces
Entré ardiendo en amor, con pie turbado

A adorar tu beldad esclarecida;
Y al notar el silencio pavoroso
Que dentro reina, y al mirar las losas
De dó arrancando la sonante rueda
Te alejó á mi cariño; el crudo llanto
Mi faz inunda y mi angustiado pecho.
Y mis trémulos miembros desfallecen,
Hielo mortal discurre por mis venas,
Y giro en derredor la vista, y solo
Me encuentro en ciega y espantosa noche,
Y en yerma soledad. ¿Qué es el bullicio
Del numeroso pueblo, que estas calles
Y plazas llena, y afanoso ocupa
Pórticos y talleres? ¿Qué es su estruendo,
Al ausente amador? Silencio mudo
Que ni hiere su triste fantasia,
Ni despertarle logra del letargo
En que se encuentra el triste sumergido.
¿Qué es ¡ay! la luz del sol, cuando á su lumbre
No gozo de tu vista encantadora?...
¡Cómo agradable su esplendor divino
Era á mi corazon, cuando anhelaba
Que ardiera en el zenit, para dichoso
Á tus plantas volar, mi amor pintarte,

Disfrutar tus caricias deliciosas,
Y ora á tu lado en las frondosas selvas
Ardoroso vagar, ó los licéos
Contigo recorrer, ó bien cobarde
Examinar tu esplendida belleza,
Y cual vive esculpida aqui en mi pecho
Al lienzo trasladarla, el amor mismo
Grato mi mente y mi pincel guiando!
¡Ay! á tu lado, en tu presencia hermosa,
Escuchando tu acento donde brilla
La gracia y discrecion, ¡cuan dulcemente
Se deslizaban horas apacibles
De gozo y de placer! Risueñas horas,
¿Dónde os podré encontrar?..¿Y dónde, ó cielos,
Aquel sabroso y celestial encanto,
Que por todas mis venas discurria
Al verla, al admirarla? ¿Dónde el dulce
Palpitar de mi pecho, y de mi labio
La timidez cuando turbado, ardiente,
Te adoro, en voz sumisa pronunciaba?...
¿Dónde los juegos, dónde los alhagos?
¿Dó las riñas de amor, que pasageras
Como las nubes del sediento estío,
Daban doble valor a las delicias,

Que en pós mi dicha sin igual colmaban?
¡Oh momentos de encanto y de ventura!
?Cuándo á mí tornareis?... Dulces momentos,
Momentos deliciosos, ¿acompaña
Vuestra memoria, por mi bien, á Olimpía;
Y en tanto que en ligero y raudo curso
El campo corre, los collados pasa,
Cruza los rios, y de mí se aleja,
Vuestra memoria y la memoria mia
Llenan su corazon, su pecho ocupan,
Y atras le hacen volver los ojos bellos
Turbios de llanto, y anhelar que un poco
Se retarde la rápida carrera?

¿Y lo debo dudar?... ¡Ay! aún sonando
En mi abatida mente está el gemido
Que al viento dió mi Olimpia al despedirse
De mis amantes brazos... Blanca luna,
Tú nos viste, tú sola, compasiva
En trance tan cruel, y en lloro amargo
Y en un mar de dolor ¡ay! sumergidos.
Tú escuchastes su amor, y sus palabras,
Y tú sus ardorosos juramentos:
Y su divino labio nunca supo

Engañar, ni fingir. Si, tú nos viste
Separarnos ¡oh Dios!.., A pocas horas
El destino feroz embrabecido
Me arrebató á mi Olimpia, y en pos de ella
Todo mi bien y la ventura mia.
Y en mi confuso y abismado seno
Vertió el negro raudal de la amargura.

Riberas del humilde Manzanares,
Dó la primera vez la viva lumbre
De sus ojos gocé: si visteis gratas
Nacer esta pasion pura y eterna
En que me abraso mísero, si afables
Visteis mi ardiente amor recompensado,
Y á mí felice de mi hermoso dueño
Al lado encantador, de lindas flores
La frente orlada, y de festivo gozo
Y de dulces placeres rodeado;
Vedme ahora solo, y demudado y yerto
Cual solitaria tórtola vïuda,
Que en lo repuesto de la oscura selva
Llora su bien perdido, y mústia y sola
En la alta rama donde fué su dicha,
Su arrullo esparce y su gemido al viento

Al débil rayo de menguante luna.
Ved trocados los plácidos cantares,
Con que un tiempo solaz os dí, en clamores
Llorando ausente de mi Olimpia amada:
É invocar congojoso y despechado,
El agudo cuchillo de la muerte.

¿Mas qué pronuncio?..¡Olimpia!..¿dó me arrastra
Mi afanoso penar? ¿Por qué pretendo
Acortar de mi vida la carrera.
De una vida que tengo consagrada
Solo á tu eterno amor: ¡ah! de una vida
Tuya, si, toda tuya?.. ¿Qué es la ausencia
Cuando se ama cual yo? ¿Qué es la distancia,
Cuando del dulce bien que el alma adora
Vive en el corazon la hermosa imagen,
Y á esperanzas dulcísimas se entrega
El constante amador? La áspera frente
Alza enmedio del mar el firme escollo:
Giran en derredor de su ágria cima
Las borrascosas apiñadas nubes
Con hórrisonos truenos retumbando,
Y sobre él lanzan las copiosas lluvias
Y el rayo abrasador: á combatirlo

Viene bramando el uracán sañudo;
Mientras hinchadas las rugientes olas
Envisten sus hondisimos cimientos:
Y él inmutable y fuerte no vacila,
Y permanece firme, levantando
Hasta los cielos la desnuda cumbre,
Y un siglo y otro siglo le contempla
Triunfador de las furias de oceáno,
Y de las sonorosas tempestades.
Tal mi pasion será: tal la firmeza
De mi constante enamorado pecho,
Formado solo para amar á Olimpia.
En vano el tiempo, en vano la distancia,
En vano los rigores de Fortuna
Mi amor combatirán: arderá eterno,
Triunfando de la ausencia y del olvido.
Si, separado de mi Olimpia amada
invariable la amaré. Si al verme
Lejos de su beldad lloro, mi llanto
Me será de placer y de consuelo.
Suspiraré, y el viento vagaroso
Le llevará en sus alas mis suspiros.
Y por mágia de amor, por misteriosa
Oculta simpatía aun mismo tiempo

Tal vez nuestros amantes corazones
Palpitarán : un pensamiento mismo
Llenará nuestras mentes : un anhelo
Arderá en nuestras almas, y los nudos
Con que amor nos unió, ni el cielo santo
Con todo su poder podrá romperlos.
Y asi entre ardientes ilusiones gratas
Y entre recuerdos, pasarán las horas
De esta separacion : y en pós el dia,
El dia ansiado brillará en que afable
El destino á mi Olimpia me devuelva.
En sus ardientes deliciosos brazos
Lograré el premio á la constancia mia,
Tornare á ser feliz... ¿Dulce esperanza!
¡Esperanza que inunda el pecho mio
De encanto celestial!... Serás cumplida:
Mi Olimpia lo juró. Girad ó cielos,
Girad apresurados, y traedme
Tan grato porvenir. Y tú entretanto
Quédate á Dios, ó Cítara, que ufana
Cantaste mis dulcísimos amores,
Dando solaz á selvas y jardines
Y agradando feliz al bien que adoro.
Quédate á Dios pendiente de este lauro,

Que no oso ausente requerir tus cuerdas.
Quédate á Dios, y si amoroso viento
Te hiere, el nombre de mi Olimpia amada
Repite blandamente. Y nadie osado
Con mano impura á profanarte llegue.
Que cuando vengan los risueños dias
En que torne mi bien á esta ribera,
Otra vez grata me darás tus sones,
Para cantar felice y envidiable,
Su constancia y su amor y mi ventura.

FIN.

INDICE

DEL PRIMER TOMO.

ROMANCES.

ROMANCES CORTOS.

LETRILLAS.

CANTILENAS.

SONETOS.

ODAS.

EGLOGA.

ELEGÍAS.

ERRATAS.

PAG.	VERSO.	DICE.	LEASE.
25.	19.	*suspira*	suspirar
31.	12.	*puedo*	pudo
39.	21.	*de ti por*	de ti, por
133.	20.	*sn*	su
151.	7.	*inverno*	invierno
184.	10.	*verjeles*	vergeles
211.	12.	*que la*	que los
216.	3.	*deliciosas?*	deliciosas;
221.	5.	*Olimpía*	Olimpia



